

CASCAJAL

Marco Antonio Valencia Calle



Crónica, testimonios y leyendas del valle del Patía

039

Cascajal

Crónica, testimonios y leyendas del valle del Patía

Patía, Argelia y Balboa

Marco Antonio Valencia Calle



Cascajal: Crónica, testimonios y leyendas del valle del Patía
©Marco Antonio Valencia Calle
Correo electrónico del autor: valenciacalle@gmail.com

Primera edición, abril de 2021
ISBN: 978-958-49-2152-9

Ilustraciones: Hugo E. Quintero Soto
Fotografía: Nelson Gerardo Guaitaco Osorio
Corrección de textos: Adrián Fernando Guevara Hurtado
Editor responsable: Juan Camilo Valencia Polanía
Editorial: Unikids Colombia

Impreso en Colombia
Impresión: Editorial Nomos S.A.

Todos los derechos reservados

Gracias por respetar las leyes de derechos de autor al no reproducir, fotocopiar, escanear, ni distribuir parte o la totalidad de esta obra sin permiso del autor. Al hacerlo permite la publicación del libro y estimula la creatividad de los artistas.

Contenido

Presentación,	5
El contexto,	7
Historia de los indios surcaucanos,	9
Sindaguas, oro y tumbaga,	13
Brujos, dinosaurios y petróleo,	17
Gente de todos los colores,	21
Esgrima con machete,	25
Sangre de negros,	29
Primos, ceibas y arrayanes,	33
Capellanías y los ojos de aguasal,	37
La maldición de los frailes,	41
Corrinche de parteras,	45
El arcoíris que preñaba,	49
Esto dijo el armadillo,	53
Violines sin alma,	57
Sonata mulattica,	61
¡El amor, ay pooo!,	65
El comisionado del diablo,	69

	Ojos de sal, 73
	Brujas y embrujos, 77
	Duendes en el valle del Patía, 81
	Abuela yerbatera, 85
	La negra que se inventó a Colombia, 89
	Caudillo, patiano y presidente de Colombia, 93
	Los tigres más tigres del valle del Patía, 97
	Simón Muñoz, el prócer del Patía, 101
	El negro Simón, 105
	Almas detentes en el valle del Patía, 109
	Sinforoso Urresti, el empautao, 113
	De los maleficios por envidia, 117
	La cueva de Uribe: un portal a la quinta dimensión, 121
	Centauros ombligados, 125
	En la muerte del viejo Antonio, 129

Presentación

“La realidad está tejida de ficciones”

Ricardo Piglia

Este libro examina la historia del valle del Patía a partir de los testimonios de mi bisabuelo, Antonio Valencia; de mis abuelos paternos, Antonio Valencia Ruiz y Leticia Ortega Ledezma; y de mis padres, Marco Antonio Valencia Ortega y Zeneyda Calle Martínez, habitantes de la finca Cascajal, en la vereda El Guanábano (El Bordo, Patía), lugar donde crecí y el cual considero que es uno de los más bellos y mágicos que existen sobre la tierra.

Al publicarlo quiero contribuir al orgullo de tener herencia de indígenas sindaguas, sangre de negros cimarrones y descendencia de mestizos venidos de otras latitudes, quienes fundaron y poblaron territorios que hoy conocemos como el valle del Patía, cuenca que incluye a los municipios de Argelia, Patía y Balboa en el sur del departamento del Cauca (Colombia).

Narraciones donde confluyen héroes y maleantes, embrujos y milagros, *cantaoras* y vaqueros. Relatos que, con “chichigua” incluida, han permitido forjar una cultura inmaterial donde sobrevive una raza aguerrida, alegre y sorprendente.

Quiero advertir que son historias de seres humanos y que cuando utilizo las palabras “indio” y “negro”, típicas en la cotidianidad regional, en ningún caso ellas involucran connotaciones racistas.

Agradezco a historiadores, geógrafos, antropólogos, lingüistas y estudiosos del valle del Patía, quienes compartieron sus conocimientos conmigo y cuyos aportes profesionales se ven reflejados en estos relatos.

El autor

El contexto

Este libro es una crónica de los mitos que dan origen al valle del Patía, de la llegada de los indígenas peruanos y ecuatorianos como sus primeros pobladores, de la construcción de platanares y palenques de los negros cimarrones fugados de las minas de Almaguer y Barbacoas, y de la posterior llegada de los colonos españoles y hacendados a poblar con ganado la región.

La obra narrativa alcanza, incluso, a ilustrarnos sobre la controvertida participación de los famosos macheteros del Patía en las guerras de Independencia y su posterior vinculación a los conflictos bélicos entre centralistas y federalistas de la Patria Boba, en busca de consolidar la libertad territorial y la eliminación de la esclavitud para el hombre negro colombiano.

A través de testimonios que dan cuenta de leyendas y tradiciones familiares, conocemos elementos vitales de la maravillosa cultura popular de los pobladores del valle del Patía, región ubicada al sur del departamento del Cauca en Colombia.

El libro es resultado de un minucioso trabajo de investigación desarrollado por el autor, hábilmente ilustrado por el maestro Hugo Quintero, para ofrecernos historias donde confluyen la realidad y la ficción, con el propósito de exaltar el imaginario febril y trascendental de sus pobladores.

Se trata de una obra para entender la idiosincrasia de los habitantes de un valle maltratado por la violencia y el olvido del Estado, quien ningunea una cultura descendiente de indígenas quechuas, yanaconas, negros cimarrones, palanqueros y colonos de todos los colores.



Historia de los indios surcaucanos

Papá, una pregunta: ¿por qué hay tanto sembrado de coca en el sur del Cauca?

—La coca, para los indígenas quechuas que poblaron esta región, es una planta sagrada. Todavía hoy la mastican y beben para combatir el hambre, la sed, el dolor y el cansancio. Tiene nutrientes, minerales y aceites curativos, pero también un alcaloide que, sintetizado en laboratorios, se convierte en cocaína; un estimulante con propiedades adictivas. Con el correr de los años sembrar coca se volvió negocio.

—¿O sea que los primeros mestizos de aquí son de origen quechua?

—Los indígenas del sur del Cauca no eran tribus originarias, sino grupos que fueron llegando antes, durante y después de la conquista. Al principio por nomadismo,

desde Perú y Ecuador; otros arribaron escapando de las atrocidades de las guerras tribales y algunos más llegaron siendo servidores de los conquistadores, como los yanaconas.

»Las etnias que poblaron el Macizo Colombiano y el valle del Patía, en su mayoría, fueron quillacingas, pastos, patías, yanaconas, sibundoyes y sindaguas. Por tanto, muchos de los mestizos de estas zonas son hijos de los indígenas que un día llegaron a colonizar estas tierras, desde el Perú, junto a los españoles.

»En 1503, el rey de España comenzó a repartir terrenos o haciendas a los conquistadores, mediante el sistema de encomiendas. En el Cauca, Sebastián de Belalcázar fue el encargado de hacerlo desde 1536. Esa repartición incluía esclavizar a los indígenas —y parcelar a lo bruto— sin tener en cuenta culturas ni nada. Los usaban para labores de agricultura, ganadería y minería.

»Cuando los conquistadores llegaron a Almaguer, se encontraron con los indios quillacingas, quienes hablaban quichua (una combinación del quechua ecuatoriano y el kamsá de los sibundoyes), esclavizándolos también para las minas.

»Los primeros colonos que llegaron a vivir en Almaguer, Bolívar y La Cruz (Nariño) fueron españoles prófugos, aventureros, malhechores, exiliados o veteranos de otras guerras. El valle del Patía poco les gustó para vivir, por el clima, pero organizaron haciendas acá. Luego vendrían otros conquistadores desde Quito, quienes trajeron a los yanaconas (como indios ladinos o guías),



entre 1535 y 1538. Estos yanaconas hablaban tanto español como quichua y, los que no murieron por el clima del valle del Patía, al igual que los quillacingas, crecieron y se multiplicaron para poblar la región.

»En las minas de la Concepción de Almaguer y en otras tantas se esclavizaron nativos guachiconos, masales, pijaos, paeces, quillacingas, pastos, sindaguas y patías. La convivencia produjo cruces sexuales entre individuos de distintas tribus y entre indígenas con españoles. Y allí está el origen de la raza que pobló el sur del Cauca y el norte de Nariño. Después vendrían los negros, originando otro cruce étnico, aunque ese es otro cuento.

»Se estima que en Almaguer, entre 1500 y 1621, murieron más de cien mil quillacingas por epidemias, mala alimentación, el rigor del trabajo y el suicidio. ¡Y claro!, en la lucha contra los negros cimarrones también fallecieron muchos indígenas, sobre todo sindaguas y patías.



Sindaguas, oro y tumbaga

En los meses de septiembre y diciembre, que corresponden a la temporada de lluvia, en el valle del Patía la temperatura es fresca. De la cordillera nariñense-ecuatoriana bajaban los indígenas sindaguas a pescar y a mazamorrear en busca de oro y tumbaga (que es una aleación natural de este metal con níquel, plata y cobre, llamado por los ibéricos como oro de baja ley).

Cuando los españoles que venían del Perú se encontraron a los primeros sindaguas, los persiguieron para quitarles sus brazaletes, narigueras, orejeras, gargantillas, armas y herramientas de oro y tumbaga.

Los indígenas de esta etnia habitaban un amplio territorio comprendido (hoy) desde El Bordo, el Santuario de Las Lajas, la zona donde está el puente de Rumichaca, lo que hoy es la provincia del Carchi (Ecuador) y la rivera del

río Guáitara, hasta la isla del Gallo, frente al océano Pacífico. Sin embargo, acosados por los españoles, tuvieron que esconderse en el valle del Patía, donde soportaron una guerra de guerrillas que duró más de cien años. Allí los españoles casi siempre eran vencidos por un clima insoportable y enfermizo para ellos. En algún momento, los sindaguas atacaron e incendiaron varios asentamientos hispanos en el hoy departamento de Nariño (Madrigal de las Torres Blancas, San Francisco de Sotomayor, Reales de Minas, El Peñol y El Ingenio), pero la respuesta española fue violenta y contundente.

En el año de 1634 (siglo XVII), los acorralaron en algún caserío que denominaron El Castigo y, en venganza, los conquistadores prácticamente exterminaron a estos aguerridos indígenas, con el argumento de que eran caníbales y cortaban las cabezas de sus compatriotas europeos para conservarlas, hacer brujería u ofrendárselas a sus caciques. Ciertos cronistas hablan de una masacre de seis mil nativos de la peor manera que puedan imaginarse. Los pocos que quedaron desaparecieron en las montañas de la cordillera Occidental. Algunos sobrevivientes fueron esclavizados, aculturados y cristianizados.

Los sindaguas no tenían escritores, por lo tanto, lo que se conoce de ellos lo reseñaron sus enemigos: de allí la importancia de los poetas y cantores de un pueblo. No obstante, lo que sí podemos saber es que muchas personas del sur del Cauca, como habitantes de Mercaderes y El Bordo, tienen sus orígenes en ellos.



Según la etnografía, estos indígenas son ahora la misma cultura awá (palabra que significa “gente”), sus integrantes viven en la frontera colombo-ecuatoriana, pertenecen a la cultura chibcha y antes tenían fuertes relaciones sociales y comerciales con los mayas.

Hoy los awá se autodefinen como “guardianes del conocimiento” y “gente de la montaña”, cuyos chamanes pueden leer el pensamiento, viajar con el espíritu y, antaño, todos podían transformarse en el animal que quisieran. Siendo cristianos creen que Dios y el diablo nacieron de una matica: el primero creó la tierra y el segundo las peñas. Para ellos, además, existen cuatro mundos: el cuarto, donde vive el Creador; el tercero, la casa de los muertos; el segundo, donde vive el hombre awá; y el primero, donde vive la gente pequeña que come humo.



Brujos, dinosaurios y petróleo

Mi bisabuela, Raquel Ledezma, solía hablar sola todo el día. Y era tanta su cantinela que en realidad nadie le ponía atención. Era de ojos claros como el cielo y portaba una larga trenza de cabellos negros que cuidó con petróleo crudo hasta el último día de su vida. Además, era famosa por alimentarse solo con unas sopas azules, a base de guineo, con patas de gallina que chupaba por horas como un auténtico manjar.

Un día yo me quedé quieto en un rincón para escucharla, ella se hizo la que no me veía y contó:

—Los mayores del Patía narran que los afros se subían al morro de Manzanillo para ver si desde allí veían a su África amada. Y se ponían a tocar tambor, extrañando todas las cosas que habían dejado al otro lado del Atlántico. Eran capaces de tocar por largo tiempo rezando en lenguas

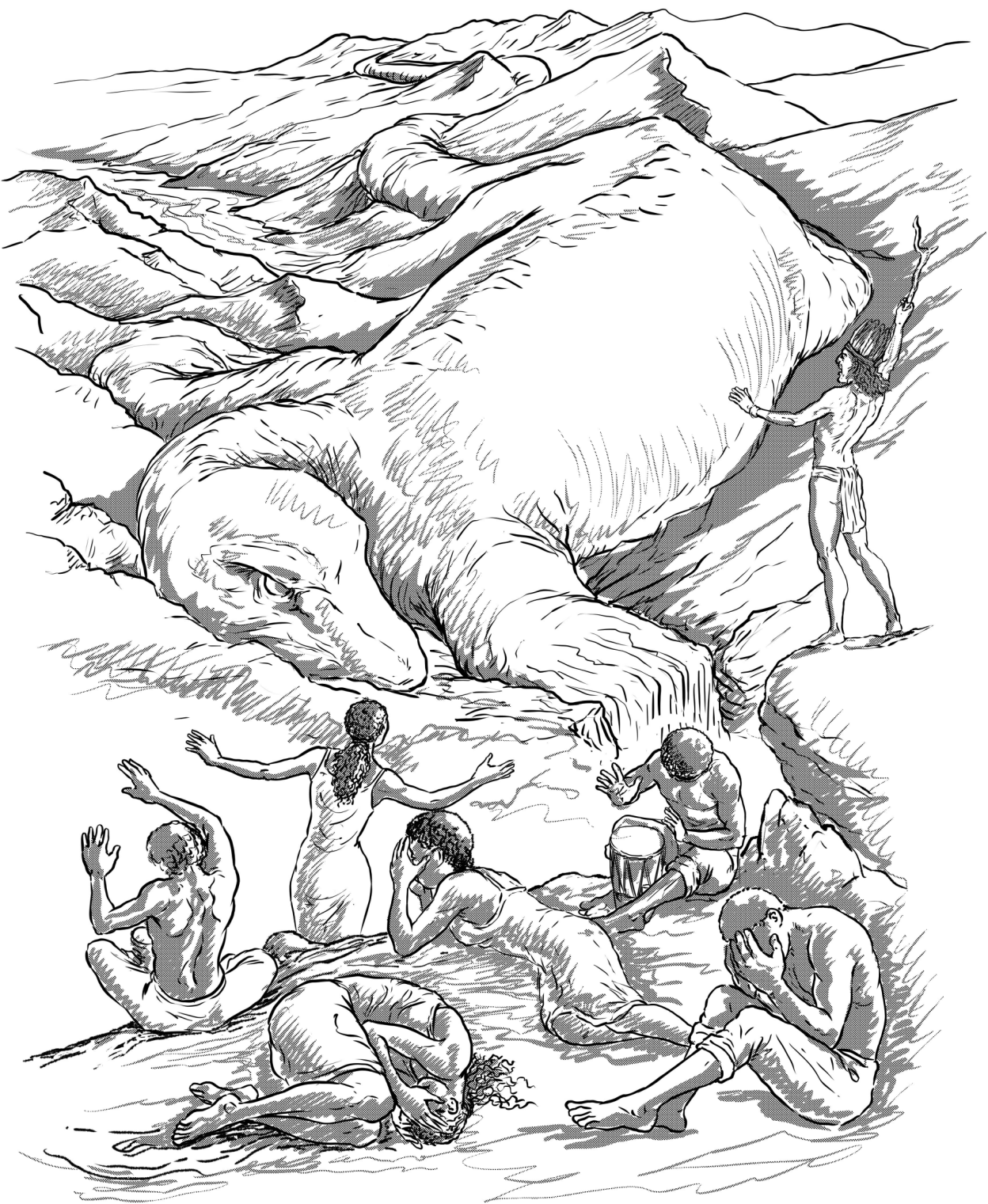
extrañas. Decían que de tanto llorar, con sus lágrimas, hicieron un charco tan inmenso que cubría todo el valle. Por eso aquí hay sal y hay veredas donde la gente vive de ella. Pero cierto día, un brujo sindagua lanzó al lago un animalito que creció y creció... creció tanto como puede hacerlo un dinosaurio. Y este monstruo, cuando estuvo grande, comenzó a beberse todas las lágrimas de los africanos durante cuarenta días y cuarenta noches, hasta que se reventó por los rezos de los negros. De cada brazo se fue formando un afluente y allí tenemos al río Guachicono, por un lado, y al río Patía, por el otro.

Luego, cuando fui a la escuela, la profesora Afranía, en clase de Geografía, nos enseñó lo siguiente:

—El valle es una depresión que separa las cadenas montañosas central y occidental de Colombia y se le llama la cuenca Cauca-Patía. Comienza en Nariño, pasa por el Cauca, el Valle del Cauca, Quindío, Caldas y va hasta el departamento de Risaralda. El agua salada del mar entraba hasta donde hoy está la ciudad de Cali. Los que estudian la tierra y las piedras lo dicen clarito: esto aquí era mar antes de que llegaran los primeros pobladores. Y los primeros en arribar fueron los indios patías y después los sindaguas. Con los siglos vendrían los negros cimarrones a fundar veredas y pueblos para vivir su libertad.

Más tarde, cuando fui a la universidad, recuerdo que el profesor Patiño una vez nos explicó:

—Lo que pocos saben es que en este valle hay petróleo. Estudios de la Agencia Nacional de Hidrocarburos dicen que estas tierras son ricas en carbón,



gas metano e hidrocarburos. Ya en Mercaderes, en la quebrada Matacea, hay filtración de petróleo y exploraciones en Suárez han dado positivo.

En alguna parte leí que el petróleo viene del aceite de los dinosaurios en descomposición y por eso lo llaman “combustible fósil”. Por tanto, tiene lógica que esa agencia manifieste que hay petróleo donde mi abuela dice que hubo dinosaurios.

—¡Eh, mozo! ¿Y todo eso es cierto?

—¡Verdad de Cristo!



Gente de todos los colores

Sentarse frente a la piedra de afilar, en el patio de la casa, era la rutina de mi abuelo cuando le servían los alimentos. Traía agua en una escudilla, humedecía el machete y comenzaba a sobarlo contra la piedra como si fuera un instrumento musical. Mientras lo hacía, mascaba tabaco o cantaba. Yo a veces lo aprovechaba para conversar.

Al viejo le gustaba reclutar trabajadores de La Unión y de La Cruz (Nariño), quienes convivieron con nosotros por años. Un día quise saber el porqué y no me respondió; o si lo hizo, no me quedó claro, pero me contó una historia tremenda:

—La gente dice que los indios del valle del Patía son malaclase, tercos y cerrados para entender lo que no quieren entender —explicó el abuelo—. Sin embargo, son trabajadores confiables; personas que no se enferman

nunca, ni le tienen miedo al sol o al agua y les gusta madrugar. Todo lo contrario al negro.

»Antes de que llegáramos los negros al valle del Patía como cimarrones, o como esclavos en las haciendas ganaderas, esto estaba poblado por indígenas bojoles, chapachugas, sindaguas y patías. No obstante, todos desaparecieron como tribus por las guerras contra los invasores blancos y afros.

»Los conquistadores españoles que buscaban oro, al encontrar resistencia armada para allanar el territorio, los acusaron de bárbaros, practicantes de sodomía, antropofagia e idolatría y, con permiso del rey, se les declaró la guerra. Les destruyeron siembras, viviendas y los esclavizaron, aunque como eran rebeldes y no se dejaban, se les capturó y mató a garrotazos. Incluso los perseguían con perros de caza que se los comían como si fueran animalitos de campo.

»Cuentan los mayores que en el año 1635, en El Castigo, los españoles amarraron a más de mil sindaguas, los bautizaron con agua bendita y luego los asesinaron a garrotazo limpio en venganza porque habían quemado un pueblo llamado Madrigal. Que los que se alcanzaron a fugar tuvieron que exiliarse en las selvas de la cordillera o vivir como nómadas, siguiendo el trayecto del río Patía, hasta llegar a Barbacoas, y por allá hicieron su vida. Lo cierto es que los sindaguas no aceptaron la esclavitud y rechazaron de plano el adoctrinamiento religioso al que se les quiso someter.



»Cuando los negros cimarrones comenzaron a llegar al valle del Patía, en busca de un lugar para asentarse, también les tocó guerrear con aquellos indígenas. Y en ese enfrentamiento ganaron fama de “indios malaclasudos”: decían que eran pícaros, robaban mujeres y usaban flechas envenenadas.

»Con el paso de los años se acabaron esas confrontaciones. Al principio, en el sur del Cauca, se fundaron pueblos de negros, de indígenas y para mestizos por separado; sin embargo, al final, terminaron siendo poblaciones de gente de todos los colores. Después de tanta batalla, ahora somos un ejemplo mundial de convivencia pacífica. ¡Hace más de cien años acá no hay guerras étnicas!

»Pero, ¡ay, pooo! No hay cosa más maluca que negro con título, indio con plata y blanco con apellido.



Esgrima con machete

Mi papá era un as para la esgrima con machete. En todo El Bordo no había quien le ganara. Por eso, cuando en la tarde de los domingos había encuentros de esgrima en El Guanábano, le traían coteja desde Chondural, Galíndez o Guachicono, pero ni así, nunca vimos que alguien lo derrotara.

Se sacaba la camisa, se la envolvía en una mano y con la otra agarraba la peinilla. Decía que se sabía las treinta y dos paradas y con eso nomás ya asustaba. A la hora del “baile”, acosaba al oponente hasta que los machetes sacaban chispas y solo descansaba cuando le daba un buen golpe de plan al otro. Se ufanaba de tener la malicia del guerrero mandinga y por ello nadie le ganaba, hasta que una tarde escuché decir que era seguro que estuviera “rezao” por algún brujo... o estaba empautado con el diablo, porque era

de los pocos capaces de hacer “el vuelo del ángel” sin matar al otro.

Tendría yo siete años y con mi hermano de cinco jugábamos a la esgrima con palos de escoba. Entonces mi papá venía y nos enseñaba.

—Esto es como un baile de capoeira —decía—: para adelante y para atrás, hacia un lado y hacia el otro. Hay que tirar y retirarse. ¡Y ojo! Hay que tener malicia, agilidad, desconfianza. Se trata de darle su buen zuncho al contrincante, de sacarle chispa a la peinilla y de dominarla.

Y nos enseñaba algunas paradas: la cruz, la estrella, la engañosa, la medialuna...

Una tarde, mientras les picaba caña a los caballos, nos llamó para contarnos que fueron los mandingas, unos africanos raptados en cercanías del río Bambouk, los que trajeron al valle del Patía el arte de la esgrima y las tonadas del bambuco.

—Por los años 1600 los europeos trajeron a Cartagena doscientos mil africanos para ser vendidos como esclavos —relató—. En América fueron despojados de toda humanidad y de todos sus derechos. Y aunque algunos aceptaron su cruel destino, otros lograron escapar y armar palenques o caseríos empalizados. A esos fugados los hacendados los llamaron negros cimarrones, término usado para los caballos salvajes.

Papá también nos contó que en el Cauca se armaron dos palenques: uno por el río Palo, al norte; y otro acá, en el valle del Patía, al que los españoles llamaban el “Infierno de América” por el calor y las largas sequías. Aquí llegaron



negros rebeldes desde Popayán, Barbacoas y Almaguer, que a su vez eran de distintos clanes africanos.

El valle fue mar y luego asentamiento de varias tribus indígenas, como los sindaguas, famosos por practicar el canibalismo. Ellos les hicieron la vida imposible a los negros, quienes, para protegerse, tenían que huir de un lado a otro.

Hasta que un día llegaron unos afros mandingas fugados de las haciendas del norte del Valle del Cauca. Y fueron ellos los que les enseñaron esgrima a los cimarrones patianos para defenderse de indígenas y negreros. Incluso, trajeron la música de tamboras que, con los años, aunada a instrumentos como el violín, habrían de llamar el bambuco patiano.



Sangre de negros

Una tarde, mientras mis primas me sacaban los piojos para destrozarlos con las uñas, vi a mi abuela cortar puros por la mitad, quitarles las tripas y guardarlos para alimentar al *ganao* lechero. Cogía los mates y los raspaba por dentro antes de secarlos al sol. Contaba que en Mulaló las mujeres sostenían a sus familias con mates que los artesanos les compraban para hacer guitarras, violines, cucharas y muñecos.

Mi abuelo decía que para los piojos lo mejor era raparme, pero mi abuela, gracias a Dios, no estaba de acuerdo. Movía la cara de un lado a otro, me picaba un ojo y estiraba la trompa para darme a entender que no le hiciera caso.

El abuelo estaba recostado en la hamaca mordiendo pedacitos de tabaco negro de unos rollos que parecían

roscas de caca. Mambiaba, escupía en una bacinilla, volvía a morder y así hasta el infinito.

—El profesor nos habló del puente del Humilladero —dije—. Nos explicó que estaba construido con sangre de negros y que su nombre se debe a que por allí ellos no podían pasar; que tenían que salir del camino para transitar por un puente chiquito, junto a los animales de carga; que es importante ir a conocerlo, dado que ahí se comerciaban los negros en épocas de la esclavitud y que debemos entender bien el tema de la libertad.

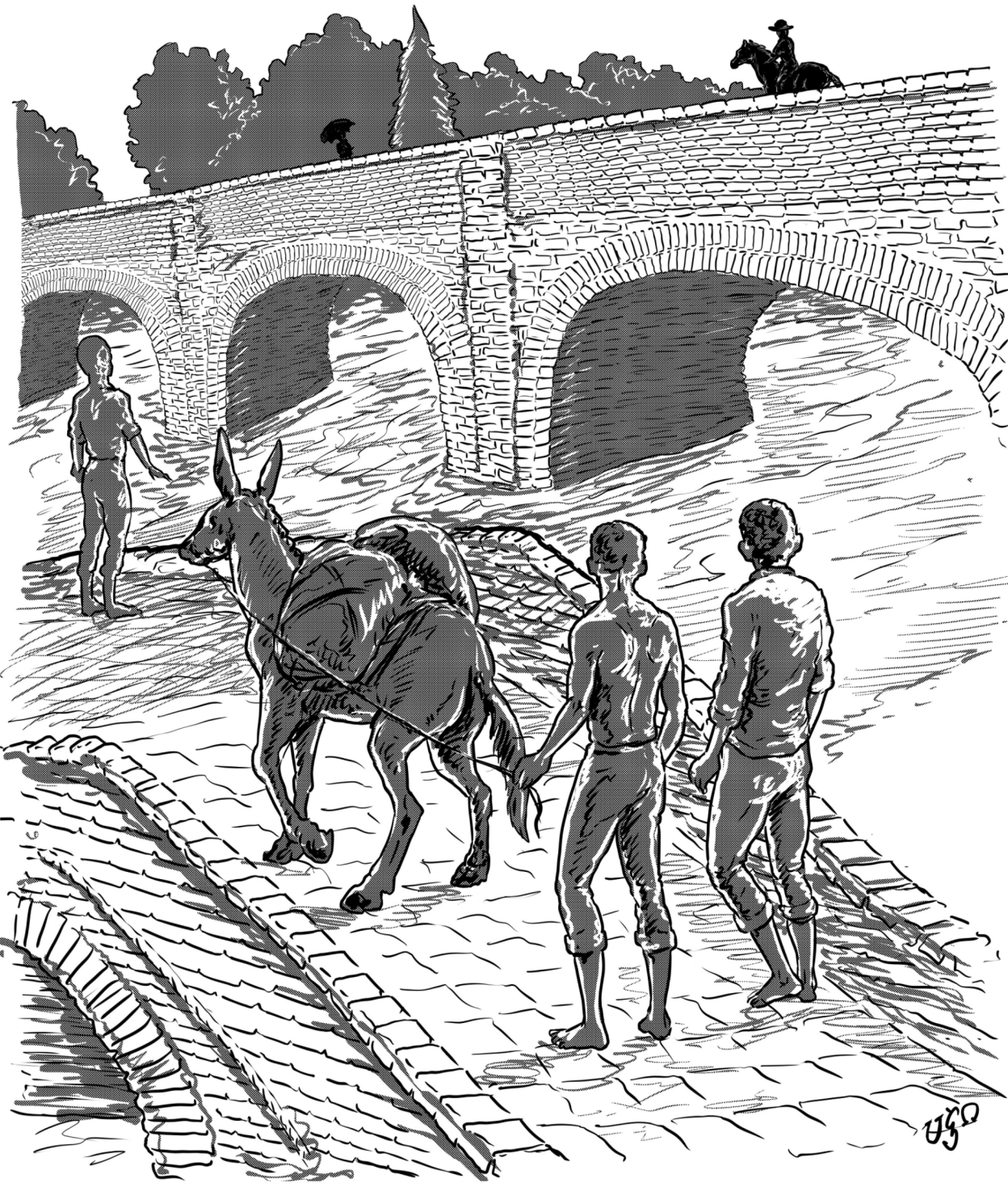
—¡Ay, pooo! Decir que el puente fue construido con sangre de negros es una metáfora —comentó la abuela—. No es literal. Y te lo digo porque cuando a mí me contaron eso, me los imaginé desangrándose, frente a una tinaja, con el fin de usar su sangre para pegar ladrillos. ¡Viejo, cuénteles a Toñito cómo fue la cosa!

Y entonces el abuelo, con los ojos cerrados, expuso:

—¡Poné cuidado! Se dice que el primer cargamento de negros llegó a América en 1518 y los últimos en 1880, cuando por fin se abolió la esclavitud en Brasil y Cuba, los últimos países en hacerlo. Como quien dice, durante más de trescientos sesenta y dos años la esclavitud era parte de los negocios del hombre blanco.

—¡Ve, negro, dejá tanta chichigua y contá lo del puente como es!

—El puente fue construido entre los años 1868 y 1873, cuando ya se había abolido la esclavitud en Colombia, que fue en 1851. Y sí, con toda seguridad allí trabajaron negros e indios, pero ya no en condición de esclavos en forma oficial.



USO

Ahora bien, el puente chiquito no se construyó para que pasara la servidumbre, como dice esa leyenda, porque este se edificó primero y luego se hizo el grande. Se llama Humilladero porque a la entrada había una imagen religiosa, sobre un soporte, que se ponía en todas las ciudades en época de la colonia y la gente medio se agachaba para santiguarse.

—Me da rabia que se inventen cuentos chinos para quitarle plata a los turistas —protestó la abuela—. Y, peor aún, que distorsionen el drama de la esclavitud.



Primos, ceibas y arrayanes

A mi abuelo, Antonio Valencia, le gustaba visitar a sus compadres y ahijados por Fondas, Las Tallas, El Tuno, El Estrecho... y a veces me llevaba. El viejo medía un metro con noventa y lo distinguían porque tenía una mano torcida desde cuando recibió un tiro en alguna escaramuza del conflicto militar colombo-peruano.

Muchas de las *cantaoras* del Patía Patía eran sus amigas y salían a recibirlo debajo de la ceiba:

—¡Quihubo, primos!

—¡Buenas tardes, prima!

—Todos somos familia, venimos de África —me explicó. Yo tenía siete años.

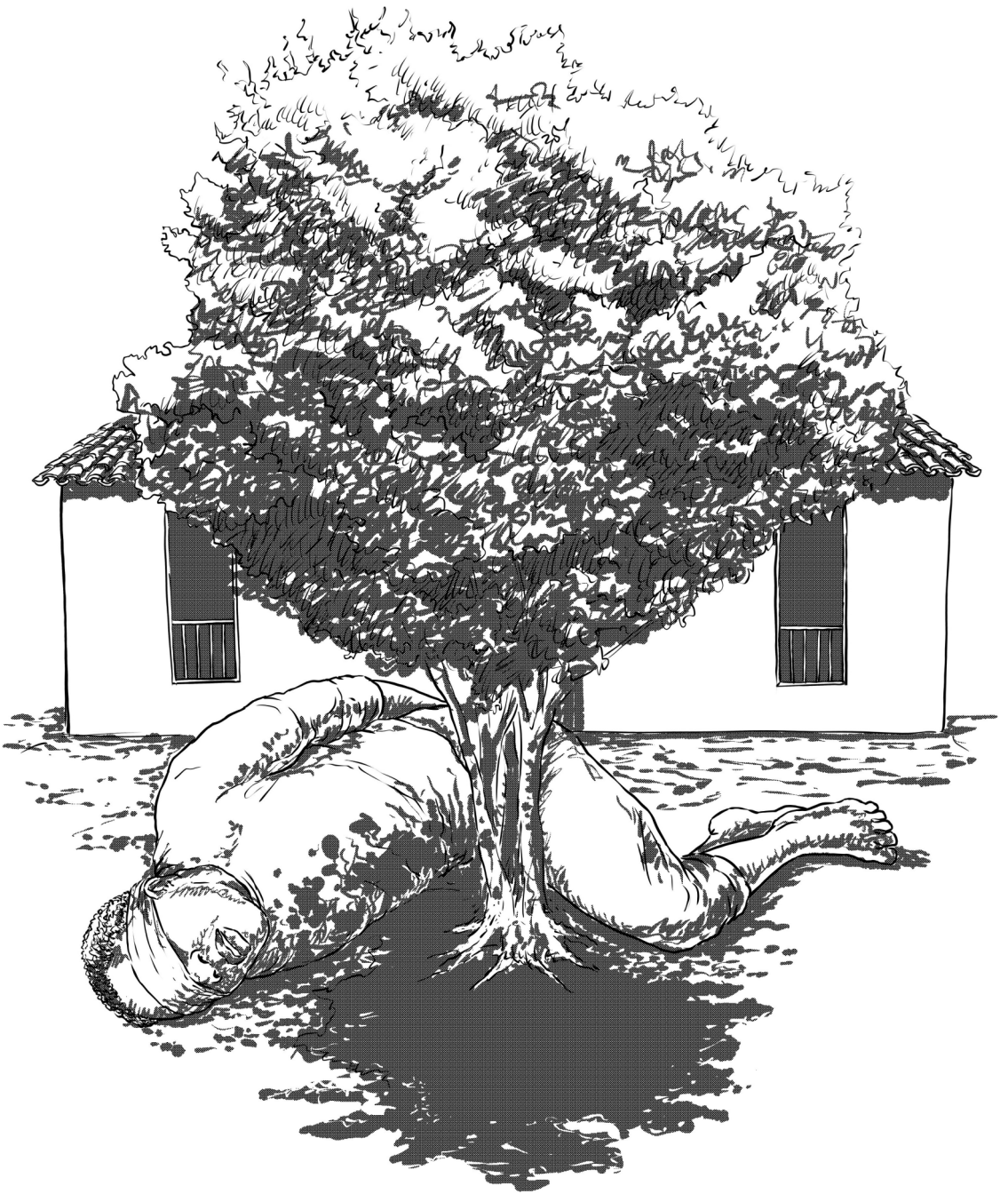
Y pasaban horas “hablando paja”, jugando dominó y emborrachándose con “chancuco”.

Una tarde contaron la historia de la ceiba: un árbol tan inmenso como un dinosaurio, una ballena o una montaña. Una de las *cantaoras* dijo que tenía setenta metros de alto, setenta años de edad y era capaz de dar sombra a setecientas personas.

La profe Caicedo contó que en verano la ceiba florecía, se llenaba de mariposas y, por la noche, de murciélagos y polillas. Que las hojas servían para alimentar *ganao* y *los sabedores* las usaban para desinflamar, curar el reumatismo y las migrañas. Que algunos recogen los frutos y los comen tostados.

—En muchos parques —mencionó uno de los primos— hay ceibas, pero pocos saben lo que significa una de ellas para el afrocolombiano. La primera ceiba que se sembró en un parque de Colombia fue en Gigante (Huila) por orden del presidente José Hilario López, el 5 de octubre de 1851, para celebrar la firma de la abolición de la esclavitud.

—¡Eh, mozo! ¡Esa leyenda es mitad paja y mitad cierta! —interrumpió mi abuelo—. Sembrar árboles en parques como símbolo de libertad era costumbre de los franceses y, en Colombia, ya era moda desde 1813. Inició en el periodo de la Patria Boba, cuando Antonio Nariño impuso su idea de un Estado centralista, con el nombre de Cundinamarca, en contra del pensamiento de Camilo Torres, quien deseaba un Estado federalista llamado Provincias Unidas de la Nueva Granada. Nariño, para celebrar su victoria y unir a centralistas y federalistas, organizó en 1813 una fiesta con cabalgata, pólvora, trago,



músicos y siembra de un árbol de arrayán, como símbolo de la libertad, en la plaza mayor de Santafé.

Por desgracia, agregó el abuelo, ese mismo día, a pocos pasos y a pocas horas de donde se sembró el arrayán, fusilaron a un muchacho negro por matar a su amo, el coronel Antonio Baylly, quien le daba mal trato. Resulta que cada que iba el mozo a buscar a su amo al batallón, los soldados le decían que matara al coronel, porque desde el 20 de julio de 1810 la esclavitud había terminado. Y parece que el muchacho oyó el mal consejo y apuñaló al militar. Al final de la tarde de ese fatídico 29 de abril de 1813, en la casa presidencial se jactaron de sembrar el árbol de la libertad y de hacer justicia al mismo tiempo.

—Y sí, primo, hoy tenemos ceibas y arrayanes en muchos pueblos, pero... ¿justicia y libertad?



Capellanías y los ojos de aguasal

Los ojos de aguasal eran sitios sagrados para los indígenas del sur del Cauca, pero luego se convirtieron en lugares de interés económico y lo sacro se perdió. Entre los municipios de Bolívar y el Patía está el corregimiento de Capellanías, donde subsisten ojos de aguasal que en otras épocas abastecieron a toda la región.

En el periodo de 1930 a 1960, por esas cosas de la vida, el famoso médico Bolsiverde Felipe Castro terminó siendo el dueño de estas salinas y logró sacarles provecho mientras se pudo. Primero para alimentar su ganado y después para darle trabajo a los negros, quienes fueron haciendo sus ranchos alrededor de los pozos.

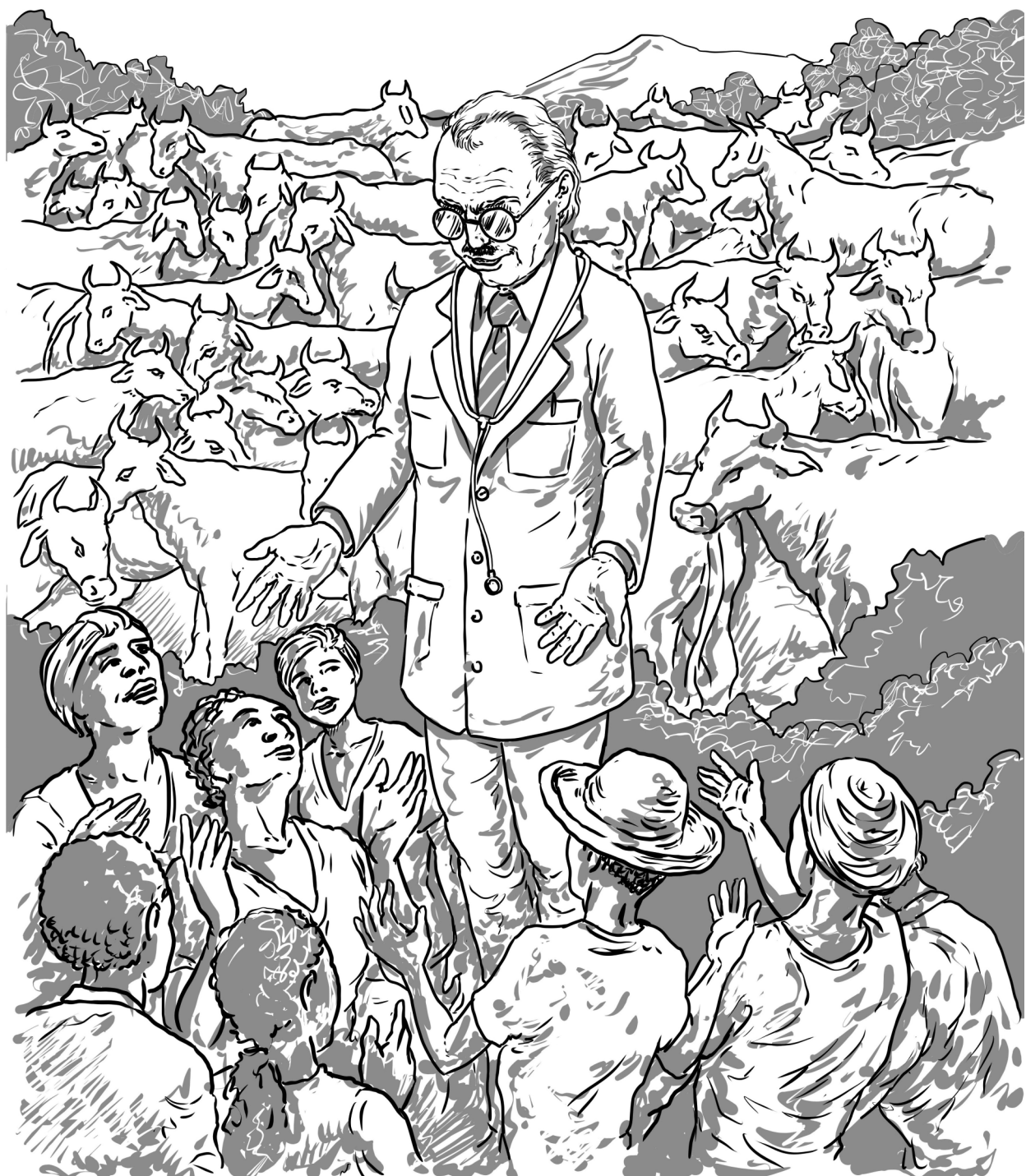
El doctor Castro era conocido en Bolívar como el médico de los pobres, por su altruismo y atención a gente sin recursos. Sin embargo, al mismo tiempo, en el Patía se le

tenía por negrero, puesto que las salinas mantenían los hornos de leña prendidos, las veinticuatro horas, todos los días del año. Quienes trabajaban allí eran cimarrones de Capellanías y de pago recibían mercados para su alimentación.

Había un capataz que organizaba el trabajo de los obreros, con el fin de meterle leña a los hornos por donde se evaporaba el agua para sacar sal, generando un daño terrible a la ecología. Y como los caminos eran trochas, luego tenían que cargar los bultos del producto, al hombro, hasta otros municipios donde se intercambiaba por alimentos.

Cuando se dio la guerra de Colombia con el Perú, entre 1932 y 1934, el gobierno invirtió en la carretera Panamericana que pasa por el Patía, lo que mejoró el comercio y llegó la sal yodada de las minas de Zipaquirá. Entonces el negocio de la sal artesanal se dañó, la gente de Capellanías dejó de vivir solo de ella y comenzó a cultivar maíz, plátano y yuca.

Antes de la Panamericana, el corregimiento era un palenque importante a donde llegaron huyendo esclavos de las minas de Almaguer, pueblo con tanta opulencia que se contaba que hasta las gallinas cagaban oro. Un lugar que por su economía iba a ser la capital del Cauca, se le llamó “la ciudad del César” y fue nombrada distrito minero de la América española. Pero todo ese sueño se derrumbó cuando las minas se obstruyeron por los terremotos de 1760 y 1765, permitiendo que casi mil esclavos se fugaran y encontraran refugio en palenques como el de Capellanías.



El camino más corto entre Popayán y Quito es cruzando el valle del Patía, aunque previo a la Panamericana esto era intransitable porque los cimarrones se organizaron en guerrillas de macheteros para defender su nueva tierra y su libertad. Y claro, la gente precavida prefería irse por la montaña, lo que implicaba un largo camino por las faldas de la cordillera Central, antes que enfrentarse a los negros.

Era tanta la fama de los macheteros que hasta las tropas de Simón Bolívar evitaron exponerse y no pasaron por aquí.



La maldición de los frailes

Cuando los grillos buscan novia comienzan a rasgar sus alas, entonces un cri-cri-cric inunda todos los rincones del campo y su canto es sinónimo de noche y de silencio. Mientras se aparean, su ruido es más fuerte y cuando en las emociones del amor la grilla decide comerse las alas de su pareja, el canto ya es un grito de gozo que se funde con la luz de las estrellas.

Los grillos son solitarios, bohemios y cantores. Seres que dan su vida por un instante de amor y cantan sin cesar para halagar y defender a sus amadas. Es más, después de aparearse, mueren, se dejan morir, que es algo poético en sí mismo.

Cosa distinta ocurre con sus primas, las langostas, que andan en pandilla de millones devorando lo que encuentran a su paso, como una plaga que busca extirpar todo el reino vegetal.

En el valle del Patía tenemos una historia terrible con las langostas, a tal punto que cuando se les preguntaba a los viejos por ellas, abrían los ojos y gritaban: “¡Ay, pooo!” y se santiguaban tres veces como si escucharan preguntar por el fin del mundo.

Me contaba mi papá, Marco Antonio Valencia Ortega, que en un lugar llamado El Castigo afloró por primera vez, en Colombia, la plaga de langostas o chapuletes que arruinó al país entre 1814 y 1816. Fue terrible: se comieron los pastos de todas las fincas del valle del Patía, arrasaron con todo tipo de sembrados y luego subieron por el cauce del río Magdalena para devorarse el resto del país.

Los campesinos del Patía y sus alrededores que no huyeron, pasaron hambres terribles. Se cuenta que la gente, desesperada, salía a recoger chapuletes para sancocharlos y sobrevivir. Que cerdos, vacas, caballos y gallinas se pusieron gordos de comer langostas, pero el sabor de las carnes se les volvía amarga; que los perros, grandes comedores de bichos, se enflaquecían, perdían pelo y morían penando; y que a los niños se les reventaban los oídos del zumbido tan bestial.

No había forma de combatirlos y la gente casi no podía salir de sus casas. No obstante, un día, como enviados de Dios, a la batalla contra los bichos se sumaron los pájaros: garzas, garrapateros, mirlas, turpiales, arroceros, chamones, tijeretas, carpinteros, azulejos, en fin... todas las aves del mundo vinieron y la guerra se ganó. Cuando la gente salió de sus ranchos, pasados casi dos años, todo era desierto, desolación y tristeza.



La leyenda cuenta que la plaga apareció porque los negros macheteros del Patía mataron a un grupo de frailes por robarlos y uno de ellos alcanzó a lanzar la maldición bíblica para quienes por ambición cegaban la vida de otros. Entonces, justo allí, donde los enterraron (en El Castigo), nació la “peste”.

La cosa fue seria. Años después el gobierno nacional expidió la Ley 65 del 9 de noviembre de 1914. En ella se ordenaba fumigar El Castigo con 200 libras de arsénico por cada quince galones de agua hirviendo, cinco galones de agua fría y cuarenta galones de miel.



Corrinche de parteras

La prima Erlinda iba a parir muy pronto, entonces mi mamá le organizó una reunión con la partera y otras amigas. Para atender ese encuentro me mandaron con mi tío Jaime a recoger piñuelas a lo largo de la cerca que había alrededor de la casa, que es donde se siembra para que el ganado no se pase. Como esa fruta sabe parecido a la piña, mi mamá hace piñueladas con panela raspada. Mi abuela, en cambio, la usa para hacer un brebaje medicinal y purgarnos cada fin de año. A la hoja le quitamos las espinas y la utilizamos para envolver los quesos que se sacan a vender a Piedrasentada, El Bordo y Mercaderes.

La partera era la tía Pola, hermana de mi abuelo: una negra viejita que caminaba derecho y tenía los dientes completos, blancos e impresionantes.

Las mujeres se metieron a la cocina y, mientras pelaban plátanos, tasajeaban la carne, picaban cilantro y cimarrón, iban conversando. Para todas había oficio: atizar, fritar, batir, organizar, rayar, etc.

A los varones mayores los sacaron de la cocina y de la casa, “porque los hombres en la cocina huelen a mierda de gallina”, decía la tía Pola. A mí me dejaron porque era niño y me hacía el pendejo jugando con unos carritos en el piso.

—Si quieren preñar niña —explicó la tía Imelda— tienen que decirle a la pareja que empuje despacio. Pero si lo que quieren es un varoncito, tiene que ser un coito rápido y fuerte. Y si por alguna razón no pueden quedar preñadas, tienen que ponerse a sembrar perejil en la huerta y sin calzones.

—¡Ay, pooo!, pensé que iba a decir que sembráramos yuca a lo loco.

Y todas rieron, aunque yo no entendí.

—Una india de la cordillera me enseñó que si quería tener niña, lo mejor era un coito los días pares con luna llena; pero si quería varón, la cosa era en días impares con luna en cuarto menguante. Y la vaina me ha funcionado, ¡ya tengo la parejita!

—Mi suegra decía que si comía plátano me salía niña y por eso mi marido, antes y durante el embarazo, no me dejó probar ni banano ni plátano. ¡Y con lo bueno que es el arrocito con huevo y platanito maduro! Y sí, me salió niña.

—A mí, durante el puerperio, solo me dejaban bañar una vez a la semana con matecito de agua caliente... y durante la dieta me hicieron tomar consomé de gallina



cuarenta días seguidos, para el almuerzo y para la comida. Le cogí tanto asco a la gallina que por eso ni más me dejé preñar otra vez.

—¡Y ojo! Hay que hacerse sahumerio en la dieta y ponerse algodón en los oídos después del parto. Son secretos de nosotros los negros.

—No se olvide, misia Zeneyda, de que hay que tapar muy bien todas las rendijas de la casa para que nadie vea, ni se vaya a entrar ningún viento. Allí está la clave de parir bien.

—¡Ay, gente!



El arcoíris que preñaba

Un lunes se organizó una minga para ayudar a levantar una plancha de cemento en la casa del capitán Bermúdez, en Potrerillo. Ese día vinieron de todas las veredas del corregimiento del Patía. Eso había gente de Miraflores, San Pedro, Pueblo Nuevo, Piedra de Moler y La Ventica.

Mi abuelo Antonio no quería ir, puesto que esa semana tenía organizada una molienda, pero mi papá dijo que se hacía cargo, entonces nos fuimos. Al abuelo le gustaba llevarme y mi mamá me decía que fuera para cuidarlo, evitando que se sobrepasara en la borrachera con el chancuco.

En el camino, el abuelo me explicó que, a las mingas, como a los entierros de la familia, no se puede faltar porque eran compromisos de gente seria. Que después del trabajo

venía la cosa buena y que pusiera atención a la conversa, pues allí se enteraba uno de muchas cosas.

Una señora de La Ventica trajo un bulto de tamarindos y, en una tinaja de barro empotrada en un rincón de la cocina, se organizó la tamarindada que alcanzó para saciar la sed de los mingueros y bajar el almuerzo.

Ese día lo recuerdo mucho, ya que fue como perder mi virginidad sobre un tema del que tenía muchas preguntas y del que en mi casa no se decía nada: el embarazo de las mujeres.

Resulta que fui a la cocina por limonada de tamarindo, pero al escuchar de lo que hablan las señoras me metí debajo de una de las camas de caña brava, donde ponían las ollas, y me quedé quieto junto a los cuyes, porque en ese tiempo—no sé ahora— además de fogones inmortales y carne ahumándose siempre, era muy común tener cuyes en la cocina.

La profesora Carmencita, esposa del capitán Bermúdez, preparó con la ayuda de varias amigas un sancocho trifásico cargado de yuca, res, pollo y costilla de cerdo, que sirvieron en escudillas blancas esmaltadas y compradas para la ocasión.

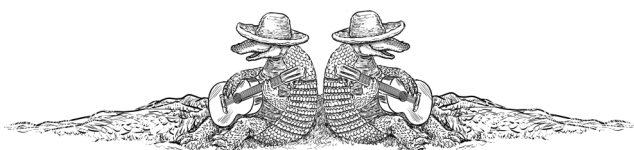
—¿Vos te acordás cuando las señoritas del Patía aparecían en embarazo por obra y gracia del orín del arcoíris? —expresó la profe Geraldina. Y entonces me quedé quieto y me puse a escuchar—: ¡Ja!, eso llovía con arcoíris y todos los papás corrían a tapar o a esconder a sus hijas para que no fueran a quedar preñadas.

—Ve, Geraldina, ¡dejate de chichiguas!



—¿Y yo qué hago si aquí todos los hombres creían en eso? Era la forma de tapar los embarazos de aquellos que no querían responder, de ocultar aventuras con casados, de esconder a los hijos con los primos o los tíos, dado que era mal visto tener hijos con gente de la familia. Es que a veces las mujeres nos quedábamos preñadas de arrecheras por joder y sin ganas de compromiso ni marido y, entonces, pues eso: no había marido.

Desde ese día, cada vez que veo llover con arcoíris me pregunto a quién irá a preñar o, mejor aún, a quién estarán preñando.



Esto dijo el armadillo

Si mis tíos Héctor y Jaime llegaban de la escuela, el abuelo suponía que habían estado robando piñuelas o nadando en la quebrada del Jigua y todo eso lo tenía prohibido.

Al abuelo Antonio le gustaba animar la rivalidad de los muchachos:

—La vaca orejimocha va a parir por estos días. Al que me diga la copla más bonita, le doy el ternero.

Entonces ellos se esmeraban repitiendo coplas aprendidas en la escuela.

—¡A ver! Canten las marranas se preñan. —Les careaba el viejo.

—Esto dijo el armadillo —verseaba el tío Jaime—. Metiéndose en su cueva / Que tendría ese chamizo / Que me rasguñó una güeva.

—Esto dijo el armadillo —verseaba el tío Héctor—. Senta'o en la cumbrera / Si no me dan de comer / Me llevo a la cocinera.

Yo escuchaba mientras les arrancaba garrapatas a los perros.

—¿Y eso si será?! El que me traiga mañana una copla original puede ser el ganador del ternero.

—Ese hijueputa armadillo sí tendrá cuento, ¿no? —comentó uno de los trabajadores, mientras zurcía sus pantalones de *diablofuerte* con una aguja capotera y un hilo grueso de color café que no me acuerdo cómo se llama.

—Para el enamora'o malicioso, las coplas son perfectas. Le tira una copla a la hembra y si la negra se ríe, pues a trabajar se dijo. Y si, al contrario, se pone brava o hace mala cara, no pasa nada —señaló Juancito, el indio que nos acompañó toda la vida.

—Ese vicio de decir coplas lo trajeron los españoles, quienes a su vez lo habían copiado de los árabes, que son unos berracos para cantar coplas. En Colombia, en todas partes, se cantan: lo hacen los indios, los negros y los blancos —explicó el abuelo.

—¡Oiga, don Antonio! El otro día le escuché hablar a usted con el joven Toñito sobre la esclavitud y me quedó sonando eso de que a los negros, en épocas pasadas, se les podía comprar, vender, arrendar, hipotecar, heredar y maltratar... mejor dicho, igual que un perro, el *ganao* o una cosa.

—A pesar de todo pudimos conservar la vida, hacer familia y hoy somos libres; a pesar de las condiciones en



que nos trajeron a los africanos a América y de los malos tratos que nos dieron... La gente cree que los blancos nos otorgaron la libertad. ¡Ni mierda! Ellos no nos concedieron ni mierda, ¡nosotros la ganamos! Unos trabajaron hasta comprarla, otros fueron soldados a cambio de ser libres, otros se fugaron y organizaron palenques como negros cimarrones. Incluso los que se quedaron sumisos, en algún momento, ayudaron y no les quedó más remedio que abolir la esclavitud.

—¿Y todos, todíticos los negros eran esclavos?

—Gracias al trabajo del negro se logró riqueza con azúcar, algodón, cacao y piedras preciosas. Aunque sabe qué, Juancito, esos son cuentos viejos que mejor es dejarlos allí si queremos progresar. No hay que olvidarlos, pero son vainas del pasado, de gente que ya murió. ¡Cosa que deje el corrinche. Y a trabajar se dijo!



Violines sin alma

Mi abuelo me decía Toño y mi papá Toñilas. A mi abuelo le decían don Antonio y a mi padre don Marco para diferenciarlo (porque se llamaba Marco Antonio), y los tres respondíamos al nombre de Antonio Valencia, como el papá de mi abuelo. Siempre me he sentido orgulloso de ser Antonio Valencia IV. Era creencia en mi familia llamar al primogénito varón o mujer con el nombre de sus padres, porque así su espíritu permanecía en el tiempo, en la memoria y en la vida. Y para ser el líder y tener familia era bueno ser hablador y músico. Por eso mi abuelo quería que aprendiera a tocar violín como Antonio Valencia I, pero yo apenas tenía ocho años, no me interesaba y nadie en la vereda El Guanábano hacía música.

Un día bajamos a caballo hasta la vereda El Tuno, donde un señor Virgilio Llanos para que me enseñara. El

hombre nos dijo que con el fin de confirmar si tenía talento, debía ayunar tres días con sus noches a orillas del río Guachicono. Si el agua me hablaba y yo escuchaba su canto, y luego podía interpretarlo en el violín o en la guitarra, a lo mejor era que tenía talento; si ocurría lo contrario, pues que me dedicara a cortar mates, a la vaquería o al mazamorreo para lavar oro.

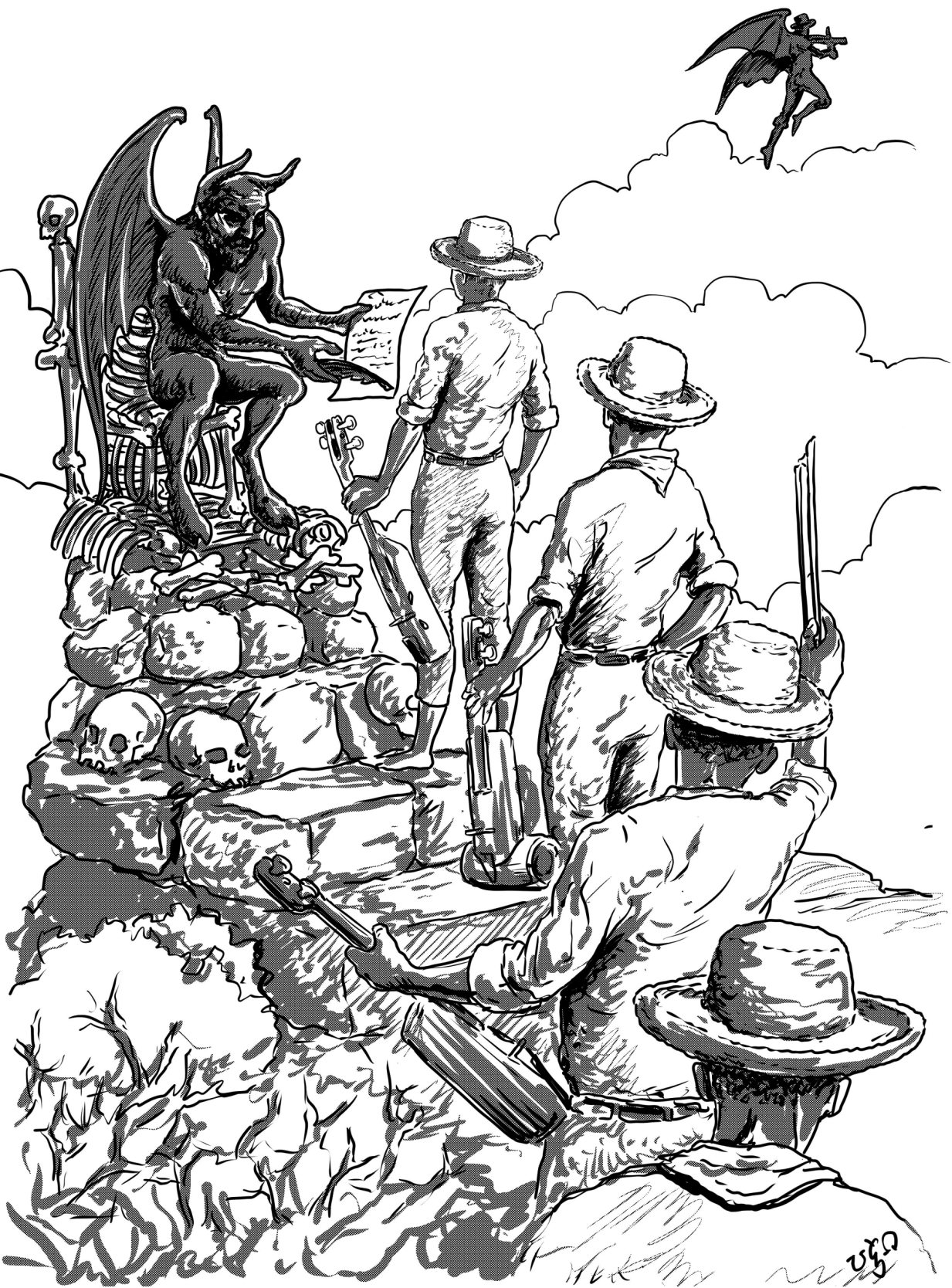
Entonces fuimos hasta el río, aunque antes del rito don Virgilio se pescó unos sábalos y el abuelo hizo una fogata para asarlos, acompañándolos con plátanos maduros al carbón. Todo el tiempo los viejos era charle que charle, mientras que yo escuchaba:

—Los jesuitas llegaron al norte del Cauca a imponer su religión, tanto a indios como a negros, y para sus oficios religiosos usaron música con violín. Cuando los negros se cimarronaron para venirse a vivir al valle del Patía, se trajeron la idea de ese instrumento.

—He visto violines hechizos fabricados a machete en madera, en guadua y hasta en caparazón de armadillo. Tienen cuerdas de crin de caballo; sin embargo, no suenan tan finito como los de verdad.

—¡Eh, mooozo! Por eso es que el bambuco patiano suena tan especial. Lo que pasó es que los cimarrones que llegaron acá construyeron violines como les habían visto a sus amos europeos y se ingeniaron hacer el coco, si bien no sabían que entre las tapas había que poner un tronquito de madera, llamado alma, que es lo que los hace sonar finito.

—¿Y entonces cómo hacen para que suenen?



—Allí está el secreto. Para hacer sonar un violín patiano, que no tiene alma, hay que ponerle espíritu, tripas y berraquera, pero si quiere hacerlo sonar como un maestro, hay que empautarle el alma al diablo.

—Ahora entiendo la razón por la que los curas no dejaban entrar a los violinistas negros a la iglesia y cuando llegaron los evangélicos prohibieron hacer música y fiesta.

—El bambuco patiano con violín tiene su secreto, eso no es así no más.



Sonata mulattica

En diciembre mis abuelos sacrificaban una oveja para ofrecer un asado a la familia y a los trabajadores de la finca, al tiempo que se hacían buñuelos y majarillo: un dulce de leche, harina y panela, cocido en paila de cobre. Los muchachos jugábamos “cogido”, fútbol, bolas, balero y yoyo. Las niñas saltaban cuerda, se columpiaban, jugaban rayuela, yeizmi y cantaban retahílas mientras chocaban las manos.

Un día nos acompañó un sacerdote suizo que oficiaba en El Bordo y Mercaderes. Y entonces mi papá le preguntó si era cierto que los curas no dejaban entrar a los violinistas a la iglesia. El sacerdote, blanco, barbado y de ojos grises, se rió mucho y ofreció contar una historia de mulatos, violines y genios de la humanidad. Yo, como siempre, estuve atento a escuchar:

—Los violines tienen mala fama. Se dice que son instrumentos del diablo para lunáticos y gente de virtudes pecaminosas, porque su música excelsa es de otro mundo. Sin embargo, vean la contradicción: hay quienes afirman que escuchar una buena pieza de violín es comprobar la existencia de Dios.

—Acá cuentan que, en otros años, los mejores violinistas del Patía entregaron su alma al diablo para lograr la sonoridad de sus instrumentos, como si tuvieran alma —comentó mi papá—. Y que en Mercaderes había violinistas capaces de tocar tres días seguidos como si nada.

—Esas son leyendas únicas del Patía. Pero les voy a contar un cuento —continuó el cura—: En Europa había un negro apodado el Príncipe Africano, quien se casó con una rubia germano-polaca y tuvieron un hijo al que le pusieron de nombre George Bridgetower. Él, a los seis años, era un violinista virtuoso. Beethoven, impresionado por la cualificación lunática del muchacho, le compuso una pieza que tituló *Sonata mulattica*, conocida como *Sonata para violín y piano N° 9 Op. 47*. Tiempo después, el autor la volvería a bautizar como *Sonata a Kreutzer*, la cual inspiró una novela de León Tolstói. Esta historia ocurrió en Viena en el año 1805. Kreutzer, quien era un famoso maestro del violín, dijo que no era capaz de tocar esa composición porque le asustaban algunos pasajes infernales del último movimiento y desacreditó la obra. Luego, Tolstói escribió una novela llamada *La sonata a Kreutzer*, relato que fue censurado por inmoral, ya que cuenta la infidelidad de una mujer casada y asesinada por su esposo iracundo cuando la



encuentra sentada en el piano, tocando, junto a su amante violinista, la *Sonata mulattica* de Beethoven. Y esa novela, claro, ayudó a reforzar la idea de los músicos diabólicos, infieles y pecaminosos... porque el que toca violín toca el alma de las mujeres. A George la prensa lo trataba como el Hijo del Moro, el Diablo Africano, y se sabe que terminó como capitán de un navío estadounidense. Tal vez algo del espíritu de ese violinista de África viva entre músicos que enamoran y sacan al diablo de sus cuevas.

—¡Ay, pooo! —replicó mi papá.



¡El amor, ay pooo!

Cuando clareaba nosotros ya estábamos cortando caña. A la media hora teníamos dos o tres rastras que a lomo de mula yo llevaba hasta el trapiche, al que se le aparejaban dos yeguas alazanas de buen trote que teníamos. Una vez fluía el guarapo, se le metía bagazo a la hornilla para reanimar la candela que nunca se dejaba dormir del todo. Se llenaban los fondos y comenzaba el proceso. Al guarapo solo se le echaba baba de guásimo (de cadillo o balso) que se había preparado en la noche anterior. Con la baba y el calor, al ir evaporando el jugo de caña, salía la cachaza que nosotros usábamos para alimentar a las bestias y que algunos trabajadores destilaban para hacer chancuco y emborracharse.

Entre el ir y venir de la molienda se conversaba. Se apostaba y se discutía por saber cuál era el mejor grupo

musical del Patía: si el Combo de Mulaló, el Son de Patandejo, el Son de Capellanías, el Son del Tuno o las Cantaoras del Patía.

Una vez, a la sombra del trapiche, mientras se metía bagazo a la hornilla, hablaron tanto de mujeres como de amor y la discusión fue parte de mi educación sentimental.

—En África —dijo alguien—, en ciertas comunidades se puede tener hasta diez mujeres y no hay problema. Y ellas entiendan la situación del hombre. Tampoco hay lío entre aquellas mujeres.

—Pero acá estamos en el Patía —terció mi abuela—. Y ese cuento está muy rebuscado para justificar la infidelidad. Pena les debería dar cuando van a misa.

—¡Eeeeh, niña, dejá tu cosa! —replicó el abuelo—. Acá los hombres la tenemos clara: no se puede tener relaciones con parientes, ni con ahijadas; nada de beber trago los Viernes Santos y nada de trabajar ni jueves ni viernes de Semana Santa. De ahí para allá, “el muerto al hoyo y el vivo al baile”.

—¿Y de dónde salieron semejantes mandamientos, si se puede saber?

—Esas no son leyes ni de Dios ni de juzgados. Son las creencias con las que nos criaron los abuelos y son normas más fuertes que cualquier otra de la naturaleza.

—La infidelidad trae problemas —manifestó la abuela.

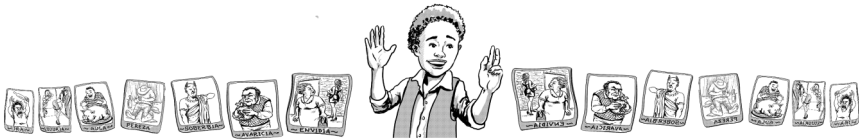
—Aunque acá el tema es parejo. Hombres y mujeres tienen de a dos y hasta más. ¡Eso es el que más tenga! Incluso mi papá, Aníbal Valencia, contaba que el negro más



berraco y admirado era el que más mujeres tenía. Porque si hay algo que caracteriza al patiano es que es enamorado y todo el día anda pensando en sexo. Y el que no podía tener hembra, hasta se empautaba con el diablo solo para poder enamorar como Dios manda.

—¡Eran otros tiempos, hombre! —Seguía discutiendo la abuela—. Esas eran costumbres de viejos sinvergüenzas sin educación, de cuando la gente se dejaba mangonear, pero ahora eso ya no es así.

—¡Ay, pooo! Eso es lo que vos decís. Sin embargo, las vainas del amor en el Patía son cosa seria, mujer.



El comisionado del diablo

Mi abuelo era amigo del cura de El Bordo y a veces me enviaba a dejarle tinajas de leche, gallinas, frutas, panela, plátanos, en fin... lo que fuera para sintonizarse con Dios.

Una vez se despeñaron unas cabras y de las veredas El Guanábano y El Salado bajaron hasta Cascajal, con el fin de comer carne frita con yuca; luego me mandaron a entregarle las vísceras al sacerdote para que se preparara la pepitoria que tanto le gustaba. Como era de noche, el cura me acomodó en la pieza de huéspedes. Entonces un par de monjas prepararon con hierbas finas todas las vísceras. Al principio olían hediondo, pero, una vez fritas, quedaron sabrosas y me zampé lo que me ofrecieron.

Más tarde me invitaron a jugar parqués con las dos monjas que vivían en la casa parroquial. Yo estaba

pensativo, sin motivo alguno. Me sentía cansado y el padre me preguntó si tenía alguna preocupación. Me dijo que ellos estaban allí para escucharme.

Casi sin dudarlo le pregunté si creía en el diablo. Él tiró sus dados sobre el tablero del parqués y contestó que de otro modo no sería un soldado de Cristo.

—¿Y usted sería capaz de hacer pacto con el diablo, como el negro Sinforoso? —interrogué.

—¿Tú sabes la verdadera historia de los empautamientos? —contrapreguntó, moviendo su ficha roja siete casillas. Luego levantó su mirada para observarme de frente con sus ojos azules.

Negué con la cabeza y la monja mayorcita —de gafas y cabello canoso— le pidió que nos la contara.

—Hablé varias veces con el comisionado del diablo en el valle del Patía —relató el cura—. Incluso intenté rescatar a un empautado, aunque es imposible. Tan solo el negro Sinforoso pudo hacerlo. Ahora Satanás es más precavido.

—Se supone que el empautado debe romper relaciones con la Iglesia y cometer crímenes para demostrar que no se arruga con el miedo —mencionó una de las monjas.

—¡Ve, mozo! El diablo está atento a quien cometa de manera repetitiva y con deseos oscuros los siete pecados capitales. Se llaman así porque son vicios que dan origen a otros pecados. ¿Los conoces, cierto? —Me increpó con las cejas fruncidas.

—¡Eh, niño, soy cristiano! —le contesté y comencé a recitarlos—: La soberbia, la avaricia, la envidia, la ira, la



lujuria, la gula y la pereza. Son vicios en los cuales uno puede caer con facilidad, cualquiera nos puede inducir.

—De todo eso te libras con oración, avemarías y padrenuestros. Sin embargo, el peligro de todos los días está en caer en hechizos, maldiciones, amarres, conjuros y encantamientos de brujas.

—Toco madera, pero cuente por si acaso. —Le animé.

—Solo se toma agua donde los animales lo hagan, ellos no toman aguas envenenadas; asegúrate de que las frutas tengan gusanos; siembra donde haya lombrices y armadillos; construye casa donde haya serpientes, alacranes y cucarachas, son seres vivos; descansa bajo árboles con hormigas y donde oigas pájaros; y siempre escucha el silencio y las palabras de los demás para estar atento a los sonidos del mal.

—¿Verdad de Cristo?

—¡Verdad pa' Dios!



Ojos de sal

En la hoya del río Patía habitaron los fieros indígenas sindaguas y con ellos nació la idea de evaporar agua para obtener sal, pero los conquistadores los exterminaron por indomables. La masacre a la que fueron sometidos todavía no se cuenta.

En cuarto grado teníamos que cerrar los ojos y recitar de memoria, al igual que las tablas de multiplicar, los municipios de la subregión sur del departamento del Cauca: Patía, Bolívar, Sucre, Argelia, Almaguer, Mercaderes, Florencia, San Sebastián y Balboa.

En grado quinto, mi papá, Marco Antonio Valencia, me dio de regalo un paseo por algunas de estas localidades, donde saludamos primos, conocimos gente, probamos comidas y escuchamos historias.

En Balboa visitamos a un profesor jubilado, casi ciego, que nos habló de los ojos de sal y los sindaguas, mientras comíamos “melcocha” con maní comprada en Mercaderes:

—El río Patía, antes de la llegada de los conquistadores, se llamaba río Cedros. Los españoles, además de esclavizar y evangelizar indígenas, les cambiaron el nombre a muchos sitios, como si el mundo no hubiera existido hasta su llegada.

»Previo a su arribo, todos los pueblos aborígenes se daban sus mañas para vivir al borde de los ríos o afluentes. Hoy todavía tenemos, en el valle del Patía, unos ojos de agusal —o nacimientos de agua salada— de donde los nativos sacaban el líquido para ponerlo a evaporar al sol, hasta que quedaba la sal pura, como si fuera arena o miga de pan. Tanto para los sindaguas como para los españoles y los negros que llegaron al valle en el siglo XVI, un manantial de esta sustancia era tan valioso como una mina de oro.

»Los colonos mejoraron la técnica: hervían el agua en vasijas de arcilla e hicieron ramadas para almacenar la sal. Luego la transportaban en mulas y la vendían o intercambiaban por algodón, comida o coca. Con el tiempo, este negocio artesanal quedó en manos de indígenas ingobernables, mientras que los colonos y hacendados se dedicaron a las minas de oro. Después llegaron los negros cimarrones para trabajar en busca de uno y de otro. Allí, en la vereda de Méndez, en el corregimiento de Capellanías, entre Bolívar y el Patía, hay todavía un buen lavadero del producto. Yo creo que a ese sitio es al que los españoles llamaban el “Pueblo de la Sal”.



»Con el fin de explotar el oro y “el condimento”, los conquistadores bregaron mucho para someter a las tribus sindaguas y chapanchicas, aunque nunca lo lograron. Eso no lo cuentan, pero así fue. ¡Aquí no pudieron, aquí tuvieron que darse por vencidos!

»Incluso, se relata que los indígenas, en 1592, les destruyeron a los españoles la villa de Madrigal, lugar desde donde controlaban las explotaciones de las minas. Eso los enfureció y desataron una carnicería terrible: en un sitio que se llama El Castigo, años después, mataron a garrote a más de seis mil sindaguas. Los que quedaron vivos se fueron río abajo y se camuflaron con los indios barbacoas. Prefirieron morir o huir de su tierra antes que rendirse. ¡Eran nativos con carácter!

»En las crónicas de Indias se menciona que los sindaguas no tenían lengua común, andaban desnudos y usaban dardos con veneno; que eran belicosos, holgazanes y bebedores por naturaleza. Sin embargo, no se cuenta que los conquistadores nunca pudieron someterlos.



Brujas y embrujos

Mi abuela le ordenó a mi papá que se subiera al tejado de la casa para regar allí un kilo de sal, con el fin de capturar a una bruja que hace días rondaba por la finca. Y, en efecto, esa medianoche, cuando se escuchó su aleteo por el *soberao*, mi abuela con voz firme le gritó:

—¡Mañana venís por sal!

Al otro día, una mujer como hipnotizada llegó a la finca desde El Bordo y entrando al portal dijo:

—Vecina, usted me dijo que viniera por sal.

Entonces mi abuela le echó agua bendita y mientras le daba látigo comenzó a rezar avemarías y padrenuestros, pero la mujer se transfiguró en bimbo y salió volando. Yo tenía como cinco años y la vi con estos ojos que se los ha de comer la tierra.

Cuentan los viejos que hace un siglo, cuando todavía no había energía eléctrica, el Mal reclutó hembras negras y blancas por todo el sur del Cauca, dejando una legión de brujas invencibles, con la facultad de heredar sus poderes, a tal punto que hasta hoy sobrevuelan techos y hacen maleficios.

Dicen que tienen tanto poder que con un abrazo pueden secuestrarle el alma a cualquiera, joder a otros con el mal de ojo y hacer que la gente se muera de melancolía con un susto. Que el diablo les enseña a ser invisibles, a cambiar de rostro y a preparar conjuros que dañan al prójimo.

Con la mirada una bruja puede dejar horra a otra mujer. Y a los hombres, con solo soplarles la cara, les deja inservibles su virilidad, así tengan veinte años.

La ceremonia de iniciación implica participar en un baile, alrededor de una fogata, durante toda la noche, con otras brujas y brujos en presencia del diablo transfigurado en hombre negro. A él deben besarle una mano, luego el trasero y permitirle el acceso carnal por detrás... mientras tanto, juran renunciar a invocar al Dios cristiano y no volver a misa nunca.

Las brujas suelen hacer juntas para salir a volar con el Viruñas por todas las veredas de la cordillera y los pueblos del valle del Patía. Y en esas salidas comen plátano asado con carne de marrano, se emborrachan y terminan en orgías donde practican la sodomía, el lesbianismo, la poligamia y la bisexualidad. Así desafían a los mandamientos evangélicos y cristianos que prohíben el sexo.



Además, en esas juntas, las mujeres pueden convertirse en gallinas, los hombres en gatos y el diablo en un cabro macho capaz de deleitarse con todos carnalmente.

Mi abuela defendía a las yerbateras, sabedoras y curanderas, pero rechazaba a las brujas. Nos contaba que las primeras eran mujeres valientes que buscaban sugestionar a finqueros y hacendados maltratadores de esclavos y peones; que practicaban la medicina natural para curar a los suyos y vengar injusticias. Sin embargo, ahora se promueve la compra de hechizos y maleficios por radio e internet... y a las brujas nadie las ha vuelto a ver, aunque, en el sur del Cauca, “¡que las hay, las hay!”.



Duendes en el valle del Patía

Casi todos los cerros a lo largo del valle del Patía y del Macizo Colombiano tienen duendes como guardianes. La palabra “duende” significa “dueños de casa” y algunos son amables y juguetones, pero con otros se han librado batallas épicas, sobre todo cuando se enamoran de los menores de edad.

Los duendes del cerro de Bellavista, en la finca de Cascajal, vereda El Guanábano (donde vivimos), han sido seres buenos. Logramos con ellos un trato para proteger juntos los bosques, las aguas y la fauna silvestre. Es decir: nosotros cuidamos su montaña y, si tenemos que matar a un animal que no sea para nuestra subsistencia, les pedimos permiso y les explicamos la razón de hacerlo.

Contaba mi abuelo, Antonio Valencia, que los duendes se roban a los niños no bautizados para llevarlos ante el

Viruñas, con el objetivo de que lo confundan con ellos y así poder seguir en la Tierra. Decía también que tienen la textura física de un infante, orejas puntiagudas, cabeza enorme que cubren con sombrero alón y, sobre todo, pies grandes y torcidos. Advertía que se esconden en las cañadas, guaduales y al borde de las quebradas.

—Los duendes mayores tienen sabiduría y comprenden a la humanidad —explicaba el viejo—, aunque los jóvenes son traviesos y enamorados. Gustan de niñas y niños de cabellos largos a quienes “enduendan” con juguetes y dulces para llevárselos a sus cuevas. Allí les cantan mientras los peinan.

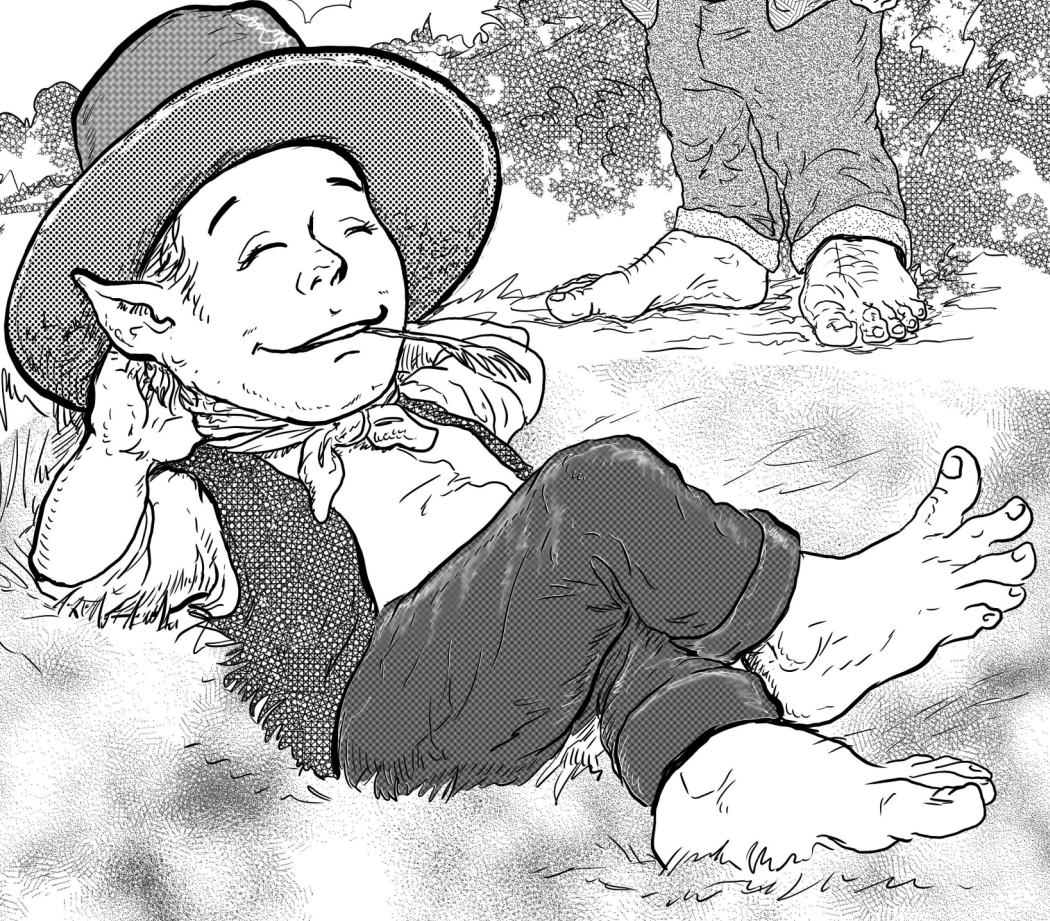
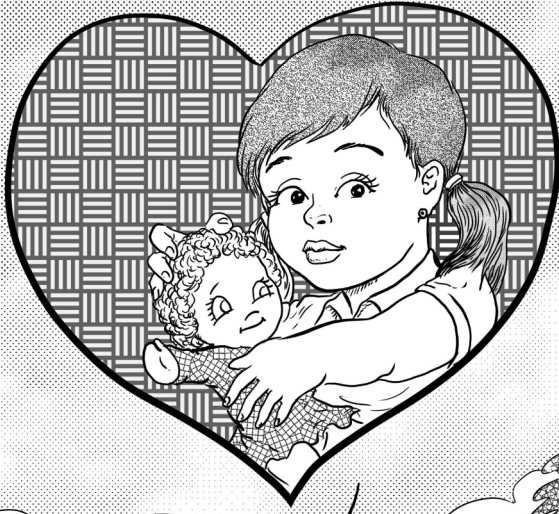
—¿Y cómo se evitan los duendes?

—Los duendes pícaros a veces se bajan de los cerros y buscan adueñarse de las casas. Por eso, en las fincas, hay que tener una guitarra. Como ellos son curiosos, cuando la rasgan, el sonido los asusta y no vuelven. También hay que tener veladoras, camándulas y frascos de agua bendita por si hay que luchar contra ellos. Existen personas que con las hojas de palma tejen cruces, las llevan a misa los Domingos de Ramos y las dejan detrás de las puertas.

—¿Y si el duende lo que quiere es llevarse a un niño o a una niña?

—Cuando se sabe que el duende está enamorado de algún niño o niña de la casa, se le pone la ropa al revés para que no la reconozca y se confunda. A los que son más grandes, se les enseña que deben hacer popó para que el duende se ponga a jugar con el estiércol y puedan escapar.

—¡Sin chichiguas, abuelo!



—¡A la parte seria, mozo! Si el duende amenaza con llevarse a una criatura de la casa, lo mejor es emborracharlo y darle una *guasqueada* bien buena. ¡Así no regresa! Para eso se tiene que lograr su confianza, dejando por ahí naipes, dados, espejos y muñecas de pelo largo. Luego se lo invita a jugar con las cartas o los dados y se le brinda aguardiente o guarapo. Apenas comience a llorar como un niño, señal de la borrachera, hay que echarle agua bendita encima. Y, ahora sí, a darle látigo con ganas mientras se reza un padrenuestro, tres avemarías y hasta el Salmo 91.



Abuela yerbatera

Por necesidad, mi abuela Leticia terminó siendo una de las parteras, yerbateras y curanderas más famosas de su tiempo, por allá en los años setenta y ochenta del siglo anterior. Decía que algo le aprendió a sus antepasados indígenas quillacingas de Almaguer y luego a los sabedores negros y cimarrones del Patía, familiares de mi abuelo.

Ella atendió los tres partos de mi madre, incluso el mío. Mi mamá recuerda que, después de cada parto, la vieja le hacía guardar dietas de cuarenta días, permaneciendo encerrada, con la habitación a oscuras, y bien tapada para que no entraran vientos. Al final del aislamiento tenía que bañarse con agua hervida en siete plantas (albahaca, altamisa, manzanilla, salvia, jazmín, nacedero y ruda) y desayunar chocolate con gelatina de pata de res. Eso era un

alivio luego de una dieta diaria de consomé con gallina criolla.

Alguna vez me enfermé de diarrea y ella diagnosticó que se me había volteado “el cuajo”, entonces, durante tres días seguidos, me dio masajes en el estómago con un aguardiente mezclado con tabaco, ajo macho y otras plantas. Más tarde me hizo alzar de las piernas para quedar con la cabeza colgada, mientras ella me daba palmadas en los pies. Después me vendó desde la cintura y así, en teoría, arregló el cuajo que tenía volteado dentro de mí.

A mi hermano se le metió en el cuerpo el alma de un difunto mala gente que rondaba por la vereda y la abuela le diagnosticó “espanto”. Dijo que lo sabía porque el muchacho no tenía pulso en la muñeca, sino en el antebrazo. Entonces lo llenó de collares y manillas, con amuletos varios, y durante tres días le hizo rezos secretos hasta que lo curó.

En otra ocasión mi hermanita se negó a comer. Mi abuela le midió los dedos de los pies y se dio cuenta de que estaban desiguales. Le miró la mano y, como casi no se le notaban las líneas de la palma, determinó “mal de ojo”. Recuerdo que la puso de espaldas y comenzó a frotarle aguardiente preparado con hinojo, tabaco, ajo macho y otras hierbas, mientras rezaba alguna cosa que los demás no entendíamos. A la tercera sesión, mi hermana recuperó su alegría y ganas de comer.

En una Semana Santa, mi abuelo salió acalorado de su habitación a la fría noche y cogió “malviento”. Dicen que de no ser por los conocimientos de la abuela, el hombre se



muere. La vieja le puso algodones en los oídos para que dejara de escuchar los zumbidos que lo atormentaban, le amarró la cabeza con una pañoleta y le frotó el cuerpo varios días con alcohol y extracto de albahaca, haciéndolo inhalar hasta que saliera el “malviento”.

Eran tiempos sin carreteras ni centros de salud, a lo largo de la Panamericana, en el valle del Patía. Y aunque hoy tenemos hospitales, los médicos nada saben de curar espanto, mal de ojo, malviento, o cuajo... y por eso las abuelas yerbateras siguen ahí, sirviendo a su gente.



La negra que se inventó a Colombia

La palabra “Columbia” se la inventó la poeta Phillis Wheatley (1753-1784) para referirse a una “diosa de la libertad” a partir del nombre de Cristóbal Colón. Phillis se llamaba el barco que la trajo de Senegal como esclava y Wheatley era el apellido del amo que la acogió, la educó y le permitió publicar su obra, convirtiéndola en la primera poeta negra que publicaba en Estados Unidos y la tercera mujer de ese país a la que se le editó un libro.

La leyenda dice que Columbia “es el nombre poético de América y la personificación femenina de Estados Unidos de América”. Eso fue tan impactante y gustó tanto que muchas personas, lugares, empresas e instituciones se nombraron así. Sin embargo, como fue una palabra socializada originalmente por una mujer, esclava y negra,

no gustó al gringo tradicional y, por tanto, se dieron a la tarea de inventarse como símbolo norteamericano a “El Tío Sam”, una figura autoritaria y patriarcal, aprobada incluso por el Congreso.

Francisco Miranda, patriota venezolano y cosmopolita, conoció el poema, le gustó la palabra (Colón en italiano se dice “Colombo” y en latín “Columbus”) y se la compartió a Simón Bolívar, quien, a su vez, la impulsó en su Carta de Jamaica. Y, en efecto, la palabra Colombia se adoptó el 15 de febrero de 1819, durante el Congreso de Angostura, para denominar al nuevo Estado que comprendía a Nueva Granada, Venezuela y Quito. Pero en 1830, con la secesión de Venezuela y Ecuador, pasó a llamarse República de la Nueva Granada; en 1858 Confederación Granadina y en 1863 Estados Unidos de Colombia. Fue en 1886 cuando por fin se constituyó la República de Colombia.

El poema original de Phillis Wheatley, donde se menciona la palabra “Columbia”, es el siguiente:

*¡Coro celestial! Entronizado en reinos de luz
sobre escenas de fatigas gloriosas de Columbia escribo.
Cuando la causa de la libertad su seno ansioso agita,
se ilumina horriblemente en armas refulgentes.
Mira cómo llora la madre tierra el destino de su descendencia.
¡Y las naciones presencian hechos hasta ahora desconocidos!
Mira los brillantes rayos del cielo girar luminosos
¡envueltos en sufrimiento y en el velo de la noche!
La diosa llega, moviéndose dignamente.
Ramos de olivo y laurel adornan su dorado cabello;
por doquier brilla esta nativa de los cielos,
incontables encantos y nuevas gracias levantando.*



La palabra “Columbia” se refiere a una diosa a la que esclavos fatigados le cuentan el destino cruel de su descendencia, mientras llora la Madre Tierra, un lugar donde, a pesar del brillante cielo, hay sufrimientos y hechos desconocidos. La diosa avanza, furiosa, en medio de la tormenta, para proteger a sus hijos entre los que están quienes piden “libertad”.

Phillis murió emancipada a los treinta y un años. Escribió pocos versos después de publicado su libro, pero, durante años, su historia y su poesía, de manera extraña, fueron ignoradas. En conclusión, Dios iluminó a la mujer afro que parió a la palabra Colombia.



Caudillo, patiano y presidente de Colombia

El abuelo, Antonio Valencia, nos contó que en el filo del monte de El Diviso, aquí en la finca de Cascajal, el expresidente José María Obando hizo su juramento para luchar por la libertad de la patria.

—Este sitio fue sagrado para los indígenas sindaguas, luego para los negros cimarrones que hacían sus ceremonias de tambor y llanto, y después porque era el lugar de meditación del prócer José María Obando, quien fue el patiano más patiano de los patianos... llegando a ser presidente de la Nueva Granada entre 1853 y 1857.

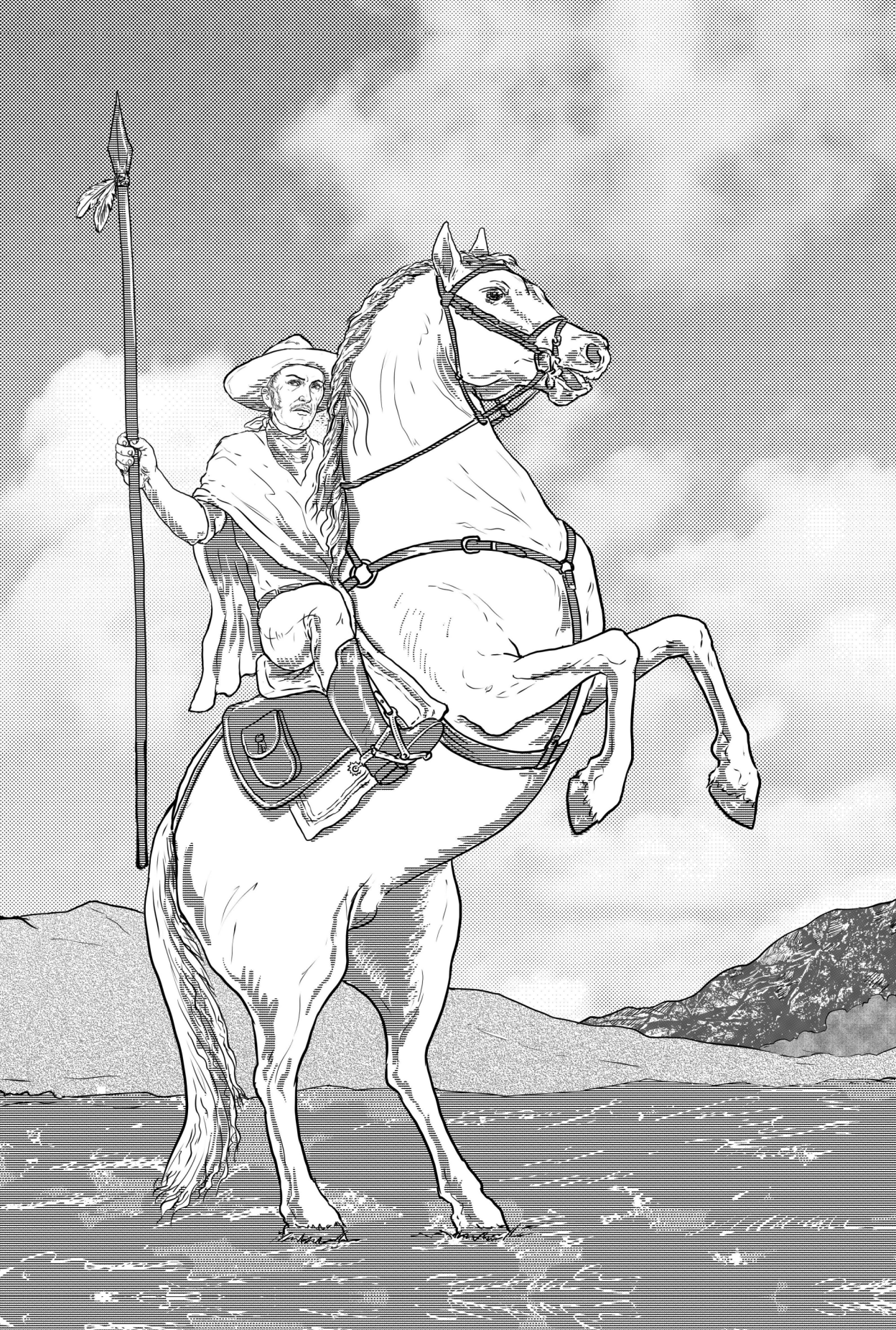
»A ver les cuento: José María nació en Caloto en 1795. Tenía abuelos españoles y padres criollos. Como el papá del muchachito no respondió, la madre se lo entregó en adopción, a los dos años de nacido, al alcalde de Almaguer,

el señor Juan Luis Obando del Castillo, un pastuso muy rico que tenía varias fincas en el Patía. Además de Cascajal, era dueño de Las Yeguas, La Ensellada, Las Piedras, Cuchimao y Tamao.

»José María era un niño blanco, rubio y de ojos azules, pero hasta los ocho años estuvo en el Patía. Más tarde se fue a estudiar a Popayán, regresando todas las vacaciones. Cuando tenía trece años estuvo una temporada larga, antes de entrar al bachillerato en el Real Seminario. Luego, de los veintiuno a los veinticinco años, se vino a vivir a Cascajal, donde vivió entre negros, aprendiendo de vaquería, caza, esgrima e infinidad de secretos del campo.

»Se dice que cuando nació, unos brujos indios lo rezaron en secreto con manteca de oso para hacerlo invencible y duro de matar. Que el cura que lo bautizó le puso los nombres de José y María, como los padres de Jesucristo, para protegerlo. Que estando en Almaguer, a los cinco años, se lo quiso llevar el duende, aunque él no se dejó, se hizo su amigo y este lo convirtió en un diestro jinete. Que a los veinte años quiso empautarse con el diablo en el monte del Encenillo, sin lograrlo. Entonces se vino en busca de espíritus que lo guiaran a su propia finca y los encontró aquí, en Cascajal.

»En este lugar les prometió a los espíritus del tiempo luchar por la libertad de los oprimidos, a cambio de poder, y, entonces, nació el caudillo que sería comandante de milicias españolas. Sin embargo, dialogando con los negros del Patía, reconoció su error, cambió de bando y se convirtió en general patriota, gobernador de Nariño, comandante



general del Cauca, vicepresidente y después presidente de la República de la Nueva Granada.

»Obando, al principio, defendió la causa española porque protegía su linaje y sus bienes, al mando de temidos guerrilleros patianos a los que se les prometió la libertad si peleaban por el rey. Más tarde se pasó a la fila de los patriotas para luchar, junto a Simón Bolívar, por la libertad de la patria y fundar una nación nueva. Y allí hizo carrera hasta ser presidente. El primer y único mandatario patiano, porque aquí, en el Patía, tuvo sus amores, sus fincas, sus amigos y su espíritu. ¡Que nadie nos diga que no!



Los tigres más tigres del valle del Patía

Corría el año de 1809 y en Quito triunfó un movimiento separatista de España, porque los criollos querían gobernarse a sí mismos. Entonces el gobernador de Popayán, Miguel Tacón, organizó un ejército con patianos, tambeños y pastusos para defender al rey y a la religión católica. Al final, en Funes, derrotó a los quiteños que venían hacia Pasto.

Aun así, el 20 de julio 1810 se dio el Grito de Independencia en el Nuevo Reino de Granada y se comenzaron a organizar juntas y concejos para tener un gobierno autónomo, pero las personas de Popayán, Patía y Pasto, liderados por el gobernador Tacón, decidieron defender al rey de España. Por un lado, los ricos españoles y criollos para no perder privilegios y, por el otro, los negros e

indios con la promesa de libertad que les hizo el hábil político.

Entonces las ciudades confederadas del Valle del Cauca se vinieron con toda contra el gobernador de Popayán y, el 28 de marzo de 1811, lo vencieron en la batalla de Palacé. Tacón huyó hacia el valle del Patía y reclutó, como soldados regulares, a negros e indios de la zona.

Allí aparecieron en el panorama los tigres más tigres del Patía: unos negros macheteros y violentos, quienes, con la autoridad que les confirió el gobernador, saquearon, violaron, robaron, emboscaron y sembraron el terror en Popayán y El Trapiche (Bolívar). Y no lo hicieron solo una vez, sino muchas veces.

Entre esos tigres estaban los negros Juan José Caicedo, Simón Muñoz, Casimiro Casanova y Joaquín Paz, a los cuales les dieron cargos de oficiales del ejército realista y sus acciones pasarían a la historia, a tal punto que sus nombres no se olvidan.

El papá de José María Obando, que se llamaba Juan Luis Obando, fue nombrado capitán de este grupo y, como tenía fincas, amigos, ahijados y negocios en el valle del Patía, a través de ellos consolidó la tropa. Desde esa época se sabe que un patiano que brinda su amistad es asunto de honor y la otorga para siempre y sobre todas las cosas.

Cuando murió el viejo, su hijo José María asumió el mando como caudillo de este grupo para seguir defendiendo al rey español. Con los años, Obando se pasaría a la causa patriota. Apoyado por esta guerrilla



llegaría a ser el primer presidente patiano de la Nueva Granada, territorio que hoy se llama Colombia.

Entre 1810 y 1819, los combates entre los realistas patianos contra los republicanos o patriotas, liderados por Simón Bolívar, fueron crueles, salvajes y vergonzantes.

Los patianos guerreaban para sostener la libertad de su palenque de negros cimarrones, mientras que los indígenas y criollos porque soñaban con no pagar más impuestos, entre otras cosas.

Bolívar, que triunfó en todas partes, nunca pudo frente a los patianos y pastusos. El libertador reconoció que contra las convicciones de lealtad de esta gente no podría y, como no lo logró, convenció a Obando y a sus tigres para pasarse a la causa patriota. ¡Y así fue la historia, mi hermano!



Simón Muñoz, prócer del Patía

Simón Muñoz ayudó a crear una guerrilla invencible para defender al Patía. Como militar fue protagonista de la batalla de la Cuchilla, en El Tambo, y capturó al Sabio Caldas para que fuera fusilado por el general Morillo, el 28 de octubre de 1816. Al principio defendió a España y al rey, como realista, pero luego se pasó a la causa patriota con la orden de capturar a José María Obando.

Prócer se le llama a una persona que ofrenda su vida por causas del pueblo. En esa medida, Simón Muñoz fue un prócer con todas las credenciales, aunque ninguneado por una historia centralista que lo juzga con las leyes de hoy, olvidando el contexto histórico.

Se sabe que era natural del Patía, mulato y educado en Pasto. Con méritos en lides de vaquería, esgrima con

machete, manejo de lanza y nado a contracorriente. Y, como buen patiano, católico, enamorado, dicharachero, *aventa*o y avisgado.

Para entender el comportamiento de resistencia de los patianos, con el fin de no apoyar la causa revolucionaria de los patriotas, es necesario un poco de historia: resulta que los curas y hacendados les dijeron que quiteños y caleños querían robarse y gobernar a Popayán y el Patía; que tenían que salir a defender sus tierras, a Dios y al rey. Y, para que apoyaran la causa, se les ofreció libertad a los esclavos, legalización de su situación jurídica a los prófugos cimarrones y reducción del tributo a los indígenas.

Sin embargo, la mecha que emberracó a los patianos la prendió un grupo de patriotas al mando de Eusebio Borrero. Ellos incendiaron el pueblo del Patía con todo e iglesia. Ese día nació una guerrilla vengativa y despiadada, organizada por el fraile dominico Andrés Sarmiento, que entre 1811 y 1821 sembró el miedo y el terror en el sur del país.

La primera acción militar que realizaron fue atracar a unos comerciantes quiteños, a quienes mataron y robaron para financiar un ejército de dos mil hombres. La leyenda dice que uno de ellos maldijo al Patía y, al poco tiempo, una plaga bíblica de langostas azotó la región.

De España llegaron, en 1816, Pablo Morillo y Juan Sámano a reconquistar la Nueva Granada, con la orden de fusilar a los líderes patriotas. Para hacerlo se apoyaron en los patianos, quienes saquearon más de veinte veces a Bolívar y a Popayán.



Bajo las instrucciones de Sámano, un grupo de realistas, con Simón Muñoz a la cabeza, hizo que las tropas de Antonio Nariño los persiguiera hasta la Cuchilla de El Tambo, donde fueron emboscados y derrotados (el 29 de junio de 1816). Más tarde, el mismo Sámano le ordenó a Muñoz emboscar y capturar al revolucionario Francisco José de Caldas, pues sospechaban que iría a esconderse en su finca de Paispamba.

El 23 de junio de 1819, los realistas se tomaron las gobernaciones de Popayán y Cali. Allí Simón Muñoz fue nombrado gobernador de la provincia del Valle del Cauca. En 1821, Simón se pasó al bando patriota y su primera misión como oficial fue perseguir a su excompañero de luchas en el Patía, José María Obando, aunque fue derrotado y capturado. Nadie sospechaba que a los pocos meses, el 10 de enero de 1822, Obando también se pasaría a la causa patriota, llevándose a todos los guerrilleros patianos bajo su mando, con el propósito de luchar junto a Simón Bolívar.



El negro Simón

En los años de 1800, cuando un niño no quería comerse el birimbí o su guampín, de inmediato le decían que, si no comía, se lo regalaban al negro Simón. Entonces, como si les hubieran mentado al mismísimo diablo, los niños se atragantaban su sopa de frijolitos o de maíz sin carne, aparentando comer el bocado más exquisito del mundo.

Es que las tardes de hornilla en el trapiche, los comentarios en los cañaduzales y las conversas en plataneras y jornadas de vaquería estaban llenas de historias y anécdotas del negro Simón Muñoz. Al decir de los popayanijos, él era el monstruo más feo y malo que había parido la naturaleza en el sur del Cauca.

Los curas en las iglesias pronunciaban su nombre santiguándose y las autoridades iban a misa y se confesaban

como si fueran a morir, en caso de tener que lidiar con algún asunto relacionado con el tal Simón.

Decían que era un negro grande nacido en el Patía, bien parado, rico, ladrón, forajido, mujeriego, violador, chancero e imposible de matar porque estaba curado con manteca de oso y hueso de muerto; que tenía una fuerza tan descomunal que podía alzar un toro con una sola mano; que cada viernes dormía con tres mujeres y a todas las preñaba; que cuando le contaban que hablaban mal de él, iba y les arrancaba la lengua de un mordisco; que era abigeo y cuando al robar encontraba las vacas flacas, capaba a los dueños por descuidados. En fin, que se comía el corazón de los niños maleducados; que se robaba a las niñas que iban solas a la cañada y que, al igual que el duende, se llevaba a los chiquillos desobedientes para sus tropas de esclavos.

El nombre del negro se volvió un mito viviente entre 1811 y 1821 por los pueblos del valle del Patía y del Valle del Cauca, ya que era uno de los líderes de las guerrillas patianas que decidieron apoyar al rey de España, sin someterse a la causa libertadora de Simón Bolívar y todos esos próceres que querían una patria nueva para adueñársela, mandando ellos a su acomodo.

El viajero que osaba pasar por el valle del Patía era atracado y muchas veces asesinado, sin fórmula de juicio, por los sediciosos al mando del negro Simón.

Contra esos forajidos del Patía nadie pudo: ni los patriotas ni los españoles, ¡nadie! El único que conquistó su corazón y logró someter su voluntad fue José María Obando, quien, siendo patiano y compadre, logró que todos



030

los líderes de esa región acompañaran su causa como tropa organizada.

Sin embargo, un día de 1822, en la ciudad de Pasto, un grupo de soldados realistas mató al negro Simón, a garrotazos, en la plaza principal. Lo acusaron de pasarse al ejército del Libertador e intentar capturar a José María Obando. Le tendieron una trampa en la vereda Cinco Días (Timbío, Cauca) y, sin juicio, lo asesinaron, pero justo allí nació la leyenda que asustó a generaciones enteras a la hora de tomarse el birimbí.



Almas detentes en el valle del Patía

Acompañé a mi padre a comprar semillas de frutales a Olaya, en Balboa. Allí don Alexander Ibarra nos dio posada y nos invitó a pescar en el río Capitanes. Mientras los peces picaban, él contó historias que aún me ponen la piel de gallina:

—Es peligroso asustar a la gente, porque en una de esas se puede perder el alma. Si la persona asustada deja de comer, le duele la cabeza, presenta diarrea o vómito, hay que llevarla de inmediato donde un curandero para que le devuelva el alma “y le llame del susto”. Eso le friccionan aguardiente con tabaco y le oran: “*Vení, vení, no te espantés, vuelva el espíritu divino a tu cuerpo otra vez...*”. “*Vení, vení, julano de tal, vení con los ángeles, el misterio y la Santísima Trinidad*”.

»Por eso al que está dormido hay que despertarlo suavemente, ya que puede ocurrir que el alma no esté con él. Si por la violencia al llamarlo se despierta sin ella, entonces pierde la razón o comienza a sufrir ataques epilépticos.

»Ahora, si el alma se ha ido por maleficio de la envidia, es muy difícil recuperarla, puesto que es como si la persona se muriera físicamente. Pero si es por susto o porque en el sueño se encontró con un “alma detente”, hay posibilidades de que la curandera lo salve. Los espíritus de las personas que se mueren por un accidente trágico, cuando todavía no tenían que morir, son almas detentes, ¿me entienden? Son ánimas detenidas en el espacio y en los sueños hasta que se cumpla la fecha verdadera de su muerte.

»En el Patía creemos que cuando la gente duerme, su alma se aleja de su cuerpo, como si muriera. A eso le llamamos la muerte chiquita. Dormidos podemos viajar grandes distancias, vivir otras vidas y hablar con otras almas, incluso hay algunas detentes que suelen pedirles, a las de los vivos, que les hagan rezos o misas mientras llegan a la presencia de Dios.

»Pero lo peor de todo es cuando en el sueño el alma de la gente se tropieza con la de algún brujo que lo busca para hacerle mal. Porque ellos tienen el poder de entrar conscientes a los sueños para encontrarse con el espíritu de su víctima, atraparlo y hacerle maleficio.

»Los brujos suelen reclutar o someter almas detentes, de esas personas que fueron malas en vida, para que les ayuden en sus actos de brujería. Así, afectan la salud, la suerte y el destino de la víctima, hasta lograr la desgracia, la



locura, la pobreza... incluso hasta la muerte.

»Hay nigromantes que esconden el alma capturada en vasijas de barro y el afectado andará haciendo huecos tratando de encontrarla por el resto de sus días. Hay otros que le prenden fuego y la víctima comienza a padecer enfermedades raras e incurables. Pero los peores, ¡Dios nos libre!, son aquellos que tiran el espíritu cautivo a un río, haciendo imposible volverlo a encontrar.

»¡Eso sí. Hay curanderas con almas detentes que son buenas y están con Dios para ayudar!



Sinforoso Urresti, el empautao

E stábamos en el Patía, en las fiestas de Nuestra Señora de Agosto, cuando llegó el negro Sinforoso y comenzó a gastarle carne frita y aguardiente a todo el mundo. Eso se metía la mano al dril y sacaba manotadas de plata. Pasó de fonda en fonda gastando y comprando ganado y caballos al que quisiera venderle por el precio que fuera. A cada rato cogía un litro de aguardiente y se lo bebía como leche. Esa tarde, además, se benefició como de trece hembras, casi que delante de todo el mundo.

Mujer que le gustaba, así fuera casada o mocitica, la hipnotizaba con su cántico: “¡Jardinerita, jardinerita, venite a mi carriol!”. Y la hembra se venía desesperada a besarlo. Para todas tenía y a todas complacía.

Ese día salió el cuento de que Sinforoso había ido hasta el cerro de Manzanillo un Jueves Santo, porque los Jueves y

Viernes Santos se abren las puertas del infierno para los que quieren empautarse. Se dice que subió a la montaña como con once amigos, pero cuando vieron la cosa seria, todos salieron corriendo, menos él. Los que regresaron cuentan que apenas se abre la cueva, las personas se sienten mareadas por el olor a azufre, comienzan a ver visiones y aguantar es asunto de guapos.

Relatan que, una vez cerrado el socavón, se debe buscar a tientas el libro para el rito; que tienen hasta las doce del otro día para encontrarlo y, cuando lo hallan, el diablo pregunta qué quieren a cambio de su alma. Dicen que Sinforoso pidió plata, hembras, tierras, caballos y ganado.

—¡El hijueputa diablo me engañó! —contó el negro en las fiestas de Olaya—. Le pedí cien años y cuando ya quedamos empautados, me explicó que un día para él es un año, que cien años son cien días.

Pero, además, Sinforoso se sentía engañado porque no podía estrenar: todo lo que vestía tenía que ser de segunda mano. Tampoco podía preñar, ni le funcionaba el miembro viril con mujeres vírgenes.

Entonces el día que el diablo vino a llevárselo, no pudo porque el negro se había puesto una camándula y, a cambio de quitársela, le negoció tres meses más para gozar de sus poderes.

Cumplido el tiempo, Satanás volvió. Sinforoso le dijo que lo acompañara a darle la última vuelta al pueblo para despedirse de su gente, mientras se tomaba el último frasco de aguardiente. Pero justo cuando pasaban por la iglesia, se tiró del caballo y entró gritando:



—¡Confesión, mi padre, que me lleva el diablo!

El sacerdote corrió a auxiliarlo con agua bendita. Después de confesarlo, le puso como penitencia repartir sus bienes y comer yerba, con un freno en la boca, todos los Viernes Santos, hasta que muriera.

Años más tarde, el demonio entró a la casa de Sinforoso y, en el forcejeo por llevárselo, le arrancó los güevos, pero el negro no se dejó. Dicen que murió desangrado, aunque en gracia de Dios. ¡Ese negro era muy berraco!



De los maleficios por envidia

La noticia decía que unos accionistas caleños del ingenio azucarero Río Paila le solicitaron a la Superintendencia de Industria y Comercio una patente para la panela, como si fuera un invento suyo.

Entonces la gente se organizó y salió hasta El Bordo a protestar, con el fin de recordarles a los empresarios y al gobierno que desde tiempos inmemoriales, en el valle del Patía, se conocen los usos del jugo de caña de azúcar en la producción de mieles y panela.

Además del ganado, del mazamorreo y de los cultivos de frutas, los trapiches paneleros hacen parte de la economía de subsistencia de la clase media de los patianos. Y en nuestra familia, por generaciones, ¡fuimos paneleros!

Entonces vino una discusión que duró meses. Uno de esos días, en el trapiche, con los fondos hirviendo de

guarapo, mientras los muchachos le aventábamos bagazo y el molendero arriaba a buen paso las mulas, el tema nos llevó a hablar de la envidia.

—¡Eso es que tienen envidia! —dijo la india Celestina, quien vivió con nosotros toda su vida—. La envidia no mata, pero mortifica. Así como los grandes supermercados quieren acabar con los tenderos de barrio, los ingenios quieren acabar con los trapiches familiares.

—Eso es asunto de la economía, Celestina, la envidia es otro tema —le contradijo el abuelo Antonio—. Cuando la gente quiere lo del otro, es porque tiene celos; pero cuando no quiere que el otro tenga, eso es puritica envidia.

Hizo una pausa y continuó explicando:

—El progreso del otro llena el corazón de rabia, porque creemos, en nuestra ignorancia, que todos deberíamos ser igual de pobres y de jodidos, o de ricos y de suertudos. Hay que tener cuidado porque por allí comienzan las enemistades, los rencores y el uso de maleficios. Ver a otro que nació igual de pobre, elevar su nivel de vida, da rabia porque pareciera que el éxito ajeno le quita a los demás algo que debería ser para todos.

—Por eso nunca hay que recibirles café a personas extrañas —intervino mi tío Jaime—, pero si se recibe, que sea con la mano izquierda para neutralizar maleficios, filtros de amor y otras brujerías. La bisabuela Leonilde nos ha enseñado a los hombres de la casa a nunca dejar tirados los calzoncillos y jamás regalar fotos, ni mechones de pelo.

—Los maleficios por puritica envidia son normales por acá —agregó el molendero—. Y aunque Celestina diga



que la envidia no mata, he visto cosas malas: a un vecino, no se sabe cómo, le hicieron tragar un sapo. El tipo comenzó a inflarse, a tener desgano y casitico se muere. Por fortuna fue a donde una curandera, quien le hizo vomitar a tiempo ese maleficio.

—Por eso hay que tener cuidado cuando una persona de la nada comienza a tener desgano, escalofríos o ataques epilépticos —recalcó Celestina—. Allí mismito hay que llevarlo donde un curandero para que lo rece y lo haga vomitar, lo sobe o lo chupe y le saque esos embrujos. Pero, sobre todo, para que “le cierre el cuerpo” con bebedizos potentes que lo hagan inmune a los hechizos de la envidia.



La cueva de Uribe: un portal a la quinta dimensión

El patiano Simón Muñoz capturó al sabio Francisco José de Caldas justo en el momento en que se iba a fugar teletransportándose a otra dimensión. Porque allí, en Paispamba, hay una enorme roca que conecta a la Tierra con otros mundos. Y ese día, el sabio, amarrado y de camino a Popayán, le reveló al negro Simón un secreto inimaginable:

—Existen transmundos o universos paralelos que funcionan como gusanos intergalácticos —le contó Caldas—. Que la gente no los vea, no significa que no existan, sino que la curiosidad científica todavía no da para lograrlo.

Y entonces le explicó que muchos de sus inventos los había traído de lugares que están por fuera del espacio-tiempo, porque el cosmos es pentadimensional.

Después, el sabio le habló a Simón del portal sobre las peñas del río Guachicono, lo que hoy conocemos como La cueva de Uribe, en Galíndez:

—Esa cueva fue un lugar sagrado para los indígenas patías, dado que allí entraban y permanecían, por años, quienes iban a gobernar para prepararse como guerreros y sabios. Luego fue un sitio ceremonial de brujos africanos que hicieron ritos, permitiendo a muchos regresar a su África del alma.

Hoy sabemos que más tarde sería como la cueva de Alí Babá, donde se escondieron los bandidos y bandoleros del Patía en la guerra de la Independencia, en la de los Supremos y después de la de los Mil Días.

Estuvo oculta por años, pero en 1932 el ingeniero Enrique Uribe White la descubrió cuando hacía el trazado de la carretera Panamericana entre Popayán y Pasto. Entonces, mientras sus obreros trabajaban, él venía y se adentraba por horas y días.

Se cuchicheaba que el ingeniero la perfeccionó con sus propias manos y no faltó quien dijera que era su nido de amor, donde organizaba orgías bajo la mirada peligrosa de arañas y murciélagos.

Pero la verdad fue que Uribe logró encontrar allí la puerta a esa otra dimensión. Y eso le permitió convertirse en sabio, poeta, astrónomo, diseñador de juegos mentales, arquitecto, editor, políglota, orador e interlocutor de gatos.

El ingeniero era sobrino del general Rafael Uribe, famoso político asesinado miserablemente en las afueras del Capitolio nacional, el 16 de octubre de 1914. El crimen



se produjo luego de que la prensa le hiciera duras críticas por supuestos proyectos liberales en contra de la clase obrera.

En varias ocasiones Enrique Uribe invitó a muchos de sus amigos a la cueva; sin embargo, solo dos lograron traspasar las fronteras de la quinta dimensión y regresaron cargados de una cultura iluminada para el resto de los mortales. Ellos fueron Luis Carlos Narváez y Guillermo Valencia, quienes revolucionaron las formas de poetizar y entender el mundo. Por eso, cuando Valencia escribía, era como si lo hiciera un ser sobrenatural. ¡Aquello se ha dicho siempre!

Si entras un día a La cueva de Uribe, deja afuera tus inmundicias espirituales, cierra los ojos y ora en silencio y en la oscuridad... tal vez así, solo tal vez, las puertas de ese otro inframundo también se abran para ti.



Centauros ombligados

Entre 1811 y 1821, los negros del Patía fueron obligados a defender con las armas lo conquistado con el ingenio y la voluntad. Para hacerlo se organizó una guerrilla cuyo objetivo político era la libertad absoluta, no permitiendo el paso entre Popayán y Pasto, y asaltando las fincas y ciudades de sus enemigos. Los llamaron bandidos y guerrillas macheteras, y decían que todos sus integrantes tenían pactos con el diablo, porque no se les podía matar fácil. A la hora del combate eran centauros indomables.

Lo cierto es que, en tiempos de antes, las mujeres patianas acostumbraban a ombligar a sus hijos, enterrando en el patio de la casa el cordón umbilical de los recién nacidos para que tuvieran amor por su tierra. De esta forma, si se iban, volverían al final de los años a morir allí. Al

mismo tiempo, los enchumbaban con manteca de oso o de tigre para que fueran guapos en la batalla. Saberse ombligados y enchumbados los hacía sentir guerreros invencibles, sin miedo a la muerte.

Muchos de los que llegaron a habitar el gran valle del Patía hacían parte de la primera generación de hijos de africanos nacidos en tierras americanas. Por eso llevaban el apellido del hacendado donde sus padres fueron esclavos. Si vivían en el valle era porque hacían parte de esos negros que prefirieron luchar por la libertad y arriesgar la vida como “cimarrones”, antes que seguir como esclavos.

Llegaron huyendo de sus amos de las haciendas de Cali y Popayán, así como de las minas de Almaguer. Al borde de los ríos fundaron su platanar, improvisaron vivienda y se dedicaron a hacer familia. Los blancos los llamaron negros cimarrones, les declararon la guerra y los persiguieron sin tregua, razón por la cual les tocó organizarse para defenderse. Los lugares donde se reunían para sus ceremonias, comerciar y compartir se llamaban palenques y con los días se convirtieron en los primeros pueblos. Eran hombres libres, vivían en armonía con la naturaleza, no tenían más ambiciones que vivir en paz y en libertad.

Con los días llegaron al valle negros que transaron vivir emancipados en su platanar, pero trabajando para los patrones cuidando ganado. A los blancos y criollos se les dieron tierras para comercializar animales y muchos negros fueron contratados en las haciendas. Allí ganaron fama como arrieros, guapos y vaqueros.



Años más tarde se inició la parcelación del valle en fincas y nacieron los problemas: los negros se enemistaban por linderos, por pedazos de tierra que antes eran de todos. Luego los cimarrones pobres comenzaron a robar ganado para alimentar a la comunidad; aquello se convirtió en el delito de abigeo y por eso también fueron perseguidos.

Al final, los patriotas les ganaron la guerra a los españoles esclavistas. Después de tantas luchas, se firmó una ley para abolir la esclavitud. Entonces los cimarrones patianos se sintieron más tranquilos por el porvenir de sus hijos y, claro, estaban orgullosos de haber contribuido a la libertad de su raza con la sangre de su gente. Hoy, la esgrima con machete es un deporte, recuerdo de una lucha que le costó la vida a miles de personas.



En la muerte del viejo Antonio

Mi papá estaba llorando en el corral de los terneros cuando lo encontramos con mi prima Nelly. Veníamos de buscar iraca para hacer escobas y eran las cinco de la tarde. El sol de los venados bañaba todo de un oro rojizo.

—¡El abuelo se va a morir! —nos avisó. Y como abrimos los ojos incrédulos, nos pidió que escucháramos los pájaros que cantaban con melancolía y tristeza. A nosotros nos pareció que cantaban igual que siempre, pero no dijimos nada—. Hay que ofrecerles comida porque pueden ser espíritus de nuestros antepasados —añadió y a mí se me erizó la piel. Desde ese día los pájaros ya no me cantan igual. Luego nos pidió que fuéramos a llamar a los familiares puesto que había que acompañar la agonía del viejo.

El abuelo Antonio no se murió esa noche porque esperó a que viniera uno de sus hijos que estaba en Popayán. Sin embargo, hubo bulla, se tomó café y aguardiente. Vinieron todos los familiares de El Guanábano y El Bordo, quienes lo acompañaron a agonizar como Dios manda.

Al otro día, los vecinos y parientes entraban por turnos al cuarto a verlo y a despedirse. Alguien me explicó que el viejo estaba perdonando y arreglando cuentas con la gente. Cuando llegó el tío Jaime de Popayán, entraron los tres hijos para saber cómo era el asunto de la herencia y media hora después salieron como dueños y señores cada uno de su solar.

—Hay que esperar a que acabe de penar —dijo una tía de la que ya no tengo memoria. Al rato falleció y varias señoras ingresaron a rezar, a arreglar el cuerpo y la sala para la velación. Una mujer que vino desde Mulaló interpretó el canto del muerto con una melancolía tan infinita que hizo callar hasta las chicharras.

Al anochecer llegaron vecinos de El Bordo con el ataúd de madera y las mujeres entonaron versos que otras respondían con un coro.

—Es para orientar el alma del muerto desde el más acá hacia el más allá —me dijo alguien.

Una de ellas puso un vaso de agua debajo del féretro para que su espíritu tomara si tenía sed. A medianoche se le rezaron avemarías como a los católicos.

Del Patía llegaron unos parientes con violines y expresaron su cariño con bambuco de negros, que era la música que le gustaba. Mi prima Nelly y otras muchachas



repartieron café y aguardiente todo el tiempo. Al amanecer se ofreció una sopa de leche, queso y mantequilla que llaman guampín, y que yo sé que mi abuelo despreciaba diciéndole “sopa de hambre”. Fue un velorio ameno, con rezos, canciones, chistes e historias del viejo.

En el valle del Patía se cree que todos nacemos inocentes a tal punto que somos angelitos, hasta que se nos mancha el alma con pecados como negar a Dios, mentir, chismosear, envidiar, odiar, robar, hacer brujería o irrespetar a los papás. Es un rito con mucho de cristiano, pero también con otras creencias, tal vez africanas, no lo sé. Sin embargo, mi papá me decía que no todo el mundo agoniza, se muere, se entierra y se le canta como a un patiano viejo, de esos que creen en el purgatorio, en el cielo y en los fondos del infierno.



...los mitos que dan origen al valle del Patía, la llegada de los indígenas peruanos y ecuatorianos como sus primeros pobladores, la construcción de platanares y palenques de los negros cimarrones fugados de las minas de Almaguer y Popayán, y la posterior llegada de los colonos españoles y hacendados a poblar con ganado la región.

Incluso nos ilustra sobre la controvertida participación de los famosos macheteros en las guerras de Independencia y su posterior vinculación a los conflictos bélicos entre centralistas y federalistas de la Patria Boba, en busca de consolidar la libertad territorial y la eliminación de la esclavitud.

A través de testimonios que dan cuenta de leyendas y tradiciones familiares, conocemos la maravillosa cultura popular de los pobladores del valle del Patía, cuenca que incluye a los municipios de Argelia, Patía y Balboa en el sur del departamento del Cauca (Colombia).

